

COLECCIÓN REDES DE TINTA

Franz Kafka

LA METAMORFOSIS



Kafka, Franz

La metamorfosis / Franz Kafka. - 1a ed . - Santa Fe : Ministerio de Educación de la Provincia de Santa Fe, 2019.

92 p. ; 24.5 x 17 cm. - (Redes de tinta)

ISBN 978-987-1026-51-7

1. Novelas Existenciales. I. Título

CDD 899

La metamorfosis (Colección Redes de Tinta)

Este libro y la Colección son una producción del Ministerio de Educación de la Provincia de Santa Fe.



Autoridades

Gobernador de la Provincia de Santa Fe

Ing. Miguel Lifschitz

Ministra de Educación de la Provincia de Santa Fe

Dra. Claudia Balagué

Coordinación Editorial

Esp. Carina Gerlero

Lic. Norma Abraham

Lic. Diego Gurvich

Lic. Marcela Rosales

Lic. María del Huerto Pini

Traducción: Margarita Nelken

Ilustraciones: Martín Boc

Adaptación y edición: Carlos Ferreyra y Agustín Alzari

Diseño: Liliana Agnellini y Verónica Franco

Corrección: Milena Bertolino

© Ministerio de Educación de la Provincia de Santa Fe, 2019.

Los libros encierran cuentos, novelas, historias de las ideas, conocimiento infinito y se constituyen como elementos fundamentales para el desarrollo cultural de los pueblos. Desde el Gobierno de la Provincia de Santa Fe queremos impulsar que esos contenidos sean liberados en cada aula, en cada casa, con el objetivo de incentivar la imaginación, el aprendizaje y promover el diálogo. Por ello avanzamos con esta iniciativa que se basa en retomar aquellos clásicos de la literatura como una forma de aportar al desarrollo educativo y cultural de los santafesinos entendiendo que esta articulación hace posible la transformación social.

La política educativa santafesina se basa en la inclusión educativa, el desarrollo de aprendizajes socialmente significativos y la escuela como el escenario privilegiado donde niñas, niños, jóvenes, docentes y familias se encuentran a construir un lenguaje común. La experiencia de la lectura compartida, como instancia dialógica, promueve los valores de la igualdad, el respeto por las opiniones, permite el consenso, el disenso, la argumentación y la reflexión. Pero, sin duda, lo más importante es que promueve la construcción de ciudadanía y los valores esenciales de la convivencia en comunidad.

Espero que a lo largo de sus vidas tengan la oportunidad de muchas lecturas compartidas, de muchas tertulias literarias, que los hagan crecer como protagonistas de sus propias historias y nos hagan crecer a todos como sociedad democrática.

Ing. Miguel Lifschitz
Gobernador de Santa Fe

Cada encuentro con un libro es una explosión de sentidos. Las manos se deslizan por la página en una caricia que enseguida se convertirá en chasquidos que la pasan hacia adelante; los ojos hacen una mirada para abarcarlo todo, y luego se detienen a disfrutar formas y colores; muy cerca de la cara, el aroma inconfundible “a libro” que transporta a las noches de cuentos al borde del sueño.

Luego, se desata la avidez por recorrer letras e imágenes, incluidos los blancos silencios, para saber qué dice este libro. Entonces comienza un viaje al centro de la imaginación del que nunca volvemos siendo los mismos.

Después de la experiencia de leer un libro, después del motor de la curiosidad que acelera el ritmo para saber quién está, cómo es, qué hace, cómo termina... después de la experiencia de imaginar tantas historias a partir de una, se transforma lo que sabemos, lo que creemos, lo que sentimos sobre cada pedacito del mundo.

Y justo en ese punto, el libro y la escuela se dan la mano en una alianza indisoluble e infinita.

Porque la escuela propone, al igual que los libros, sumergirse en nuevas experiencias para crecer, para crear, para transformarnos y transformar la realidad en que vivimos.

Aun en el acto individual de la lectura hay un sentido colectivo que se fortalece, porque la historia siempre es parte del patrimonio cultural de una comunidad, y porque además de la experiencia personal, cada historia moviliza al encuentro con otros para compartirla. Así acontece la magia de la transmisión, de la que la escuela, como institución social, es artífice.

En la provincia de Santa Fe, creemos que es muy importante este momento en que este libro, que atesora una historia, llega a tu encuentro en el marco de una tertulia literaria.

¿Sabés qué significa estar de tertulia? Es encontrarse con otros para conversar, para recrearse. Es como estar de fiesta. Así que en esta tertulia comienza una maravillosa experiencia para compartir en el aula, y también para llevar a casa, para disfrutar, imaginar, conversar y recrearse en familia.

Todos los que trabajamos por la educación, y por hacer con ella un mundo mejor, celebramos que con este libro en tus manos explotan todos tus sentidos. Un nuevo proceso de creatividad y aprendizajes se pone en marcha para no detenerse jamás.

Dra. Claudia Balagué
Ministra de Educación de Santa Fe

Las tertulias literarias: de las Comunidades de Aprendizaje a Escuela Abierta

Desde el Gobierno de la Provincia de Santa Fe llevamos adelante una política educativa que tiene como propósito la inclusión con calidad educativa y la escuela como institución social. En este marco, se implementan los programas Escuela Abierta y Comunidades de Aprendizaje que, en esta oportunidad, se articulan en una propuesta que involucra la edición de este libro y la implementación de una práctica pedagógica innovadora que fortalece los procesos de lectura y escritura a través de tertulias literarias en toda la provincia.

Escuela Abierta es un programa de formación permanente con miras a desarrollar nuevos conocimientos para la acción transformadora que caracteriza a todo proceso educativo. Tiene su origen en el marco de acuerdos federales, constituyéndose en la forma específica que adquiere el Programa Nacional de Formación Permanente en Santa Fe.

Desde la implementación de este Programa en 2014, el Gobierno de Santa Fe pone en valor la formación docente desde una mirada centrada en las instituciones educativas, con carácter colectivo y contextualizado, donde emergen la reflexión compartida y los acuerdos institucionales como aspectos centrales en el desarrollo de la tarea y profesión docente para todos los niveles y modalidades del sistema educativo santafesino. El proceso de formación propuesto posibilita compartir material bibliográfico actualizado y conferencias de especialistas en distintos temas que atraviesan la educación tales como: "Nuevos formatos de enseñanza"; "Educación, territorio y comunidad"; "Autoevaluación institucional"; "Participación, convivencia y ciudadanía", "Trayectorias estudiantiles", "Educación Sexual Integral" y la "Prevención de Consumos Problemáticos de Sustancias y Adicciones".

Actualmente, el desafío se basa en trabajar la enseñanza y el aprendizaje de la lectura, la escritura y la comprensión de textos. Entendiendo que estos aprendizajes de complejidad creciente no se reducen a una técnica sino que habilitan la posibilidad de constituir un pensamiento crítico, la construcción de ciudadanía y de un proyecto individual y colectivo de emancipación.

Así, se propone un trabajo coordinado con Comunidades de Aprendizaje, un programa que surge de una iniciativa articulada con el Centro de Implementación de Políticas Públicas para la Equidad y el Crecimiento (CIPPEC) y el Instituto Natura, basado a su vez en la participación de la comunidad en el proceso educativo y en cuyo seno cobran sentido las tertulias literarias como estrategia específica que permite otro modo de acceder a la lectura; otro modo de acceder a los clásicos universales de la cultura.

De la experiencia desarrollada aprendimos que las tertulias literarias son una estrategia pedagógica que permite tomarse el tiempo y construir el espacio para escuchar y escucharse, para construir un pensamiento reflexivo, para pensar, crear e imaginar con otros distintos escenarios ante situaciones cambiantes.

En esta nueva etapa, realizamos este y otros libros y los acercamos a los niños, niñas, adolescentes, jóvenes y adultos que atraviesan el sistema educativo de Santa Fe y a sus docentes; desarrollamos una formación docente que fortalece su implementación en las escuelas y acompañamos con los equipos territoriales de Escuela Abierta y Comunidades de Aprendizaje a las escuelas en este nuevo desafío; que no es ni más ni menos que el desafío de educar ciudadanos solidarios, libres, críticos y comprometidos.

¿Cómo hicimos el libro?

Los libros tienen un autor, pero además son el fruto de otras muchas miradas. Antes de que llegue el libro a las manos del lector, alguien tiene que escribirlo (¡Kafka lo hizo hace más de 105 años!), el ilustrador hacer los dibujos, el editor revisar el texto y las imágenes, el diseñador buscarles el mejor lugar en la página, y finalmente, cuando todos quedaron contentos, el corrector debe luchar por encontrar erratas (así se les dice a los errores de los libros): esas esquivas criaturas que se esconden como piojitos entre los renglones y las hojas. Una vez terminado ese trabajo se envía a la imprenta donde lo fabrican.

Para esta edición pensamos un libro completo y fiel a la edición original de la novela breve más famosa del mundo. Tomamos y actualizamos la traducción de Margarita Nelken, escritora y militante española. Y mientras los editores preparaban el texto, el ilustrador y artista plástico Martín Boc dibujó mil y un Gregorios hasta dar en el blanco. No quisimos mostrarlo en la primera página del libro para conservar el misterio y que el lector pueda recrearlo en su imaginación con la asombrosa libertad que brinda la lectura. Como quien dice atentamente, al dejar pasar a alguien: ¡usted primero!

Franz Kafka

**LA
METAMORFOSIS**



Una mañana,

al despertar Gregorio Samsa de un sueño agitado, se encontró sobre su cama convertido en un horrible insecto.

Estaba acostado sobre su espalda, y esta era dura como un caparazón. Al levantar un poco la cabeza pudo ver su vientre curvo, oscuro, dividido en partes rígidas y arqueadas. Sobre esas protuberancias a duras penas podía sostenerse el cubrecama, que estaba a punto de resbalar al suelo. Tenía muchas patas, ridículamente pequeñas en comparación con el resto de su cuerpo, y se agitaban con desesperación ante sus ojos.

«¿Qué me ocurrió?», pensó.

No era un sueño. Su habitación, una habitación común y corriente, aunque algo pequeña, permanecía tranquila entre sus cuatro paredes familiares. Por encima de la mesa, sobre la que se encontraba extendido un muestrario de telas desempaquetas —pues Samsa era viajante de comercio— colgaba la lámina que hacía poco había recortado de una

revista y había colocado en un bonito marco dorado. Representaba a una dama arreglada con un sombrero y una boa de piel; estaba sentada muy erguida y levantaba hacia el observador un pesado manguito de piel, en el cual había desaparecido su antebrazo.

La mirada de Gregorio se dirigió después hacia la ventana. El tiempo lluvioso —se oían caer gotas de lluvia sobre la chapa del alféizar de la ventana— lo ponía muy melancólico.

«¿Qué pasaría —pensó— si continuó durmiendo un poco más y me olvido de todo este disparate?».

Pero eso era completamente imposible, porque estaba acostumbrado a dormir del lado derecho, y en su estado actual no podía colocarse en esa postura. Aunque se lanzaba con mucha fuerza hacia el lado derecho, una y otra vez se volvía a balancear sobre la espalda. Lo intentó cien veces, cerraba los ojos para no tener que ver las patas enloquecidas. Dejó de hacerlo cuando comenzó a notar en el costado un dolor leve y sostenido que nunca antes había sentido.

«¡Dios mío qué profesión tan dura he elegido!», pensó. Un día tras otro viajando. Los trabajos así son peores que en el almacén de la ciudad. Tengo que soportar este ajeteo de viajar, estar al tanto de las combinaciones de trenes, comer mal y a cualquier hora, y tratar con personas nuevas todo el tiempo. Nunca puedo tener una relación duradera, una amistad verdadera. ¡Que se vaya todo al diablo!».

Sintió un leve picor en el vientre. Con la espalda se deslizó lentamente más cerca de la cabecera de la cama para poder levantar mejor la cabeza; se encontró con que la parte que le picaba estaba totalmente cubierta por unos pequeños puntos blancos que no sabía a qué se

debían. Quiso palparlos con una pata, pero inmediatamente la retiró, porque el roce le producía escalofríos.

Se deslizó de nuevo a su posición inicial.

«Esto de levantarse temprano —pensó— lo vuelve a uno un idiota. El hombre tiene que dormir. Otros viajantes viven como reyes. Cuando yo vuelvo por la mañana a la pensión para pasar en limpio los pedidos que he conseguido, ellos todavía están sentados tomando el desayuno. Si yo intentara hacerlo, mi jefe me echaría a la calle. Pero ¿quién sabe, en definitiva, si no sería lo mejor para mí? Si no tuviese que contenerme por respeto a mis padres, ya me hubiese ido del trabajo hace tiempo. Me hubiese presentado ante el jefe y le hubiese cantado las cuarenta con toda mi alma. ¡Se caería del escritorio! ¿Qué clase de costumbre es esa de sentarse sobre el escritorio y, desde la altura, hablar hacia abajo con el empleado? Además, por culpa de la sordera del jefe, tiene uno que acercarse mucho. Bueno, la esperanza todavía no está perdida del todo. Si alguna vez tengo el dinero suficiente para pagar las deudas que mis padres tienen con él —puedo tardar todavía entre cinco y seis años— lo haré con toda seguridad. Entonces habrá llegado el gran momento; ahora, por lo pronto, tengo que levantarme porque el tren sale a las cinco».

Miró hacia el despertador que hacía «tictac» sobre el armario. «¡Dios mío!», pensó.

Eran las seis y media, y las agujas del reloj seguían tranquilamente hacia adelante; incluso ya había pasado la media, eran ya casi las siete menos cuarto. «¿Es que no había sonado el despertador?». Desde la cama se veía que estaba correctamente puesto a las cuatro, seguro

que había sonado. Sí, pero... ¿era posible seguir durmiendo tan tranquilo con ese ruido que hacía temblar los muebles? Al parecer había dormido mal, pero sin dudas profundamente.

¿Qué iba a hacer ahora? El siguiente tren salía a las siete, para agarrarlo tendría que darse prisa y el muestrario todavía no estaba empaquetado. Él mismo no se encontraba especialmente despabilado y ágil. Incluso si consiguiese tomar el tren, no podría evitar un reto del jefe, porque el mozo de la tienda lo estaba esperando en el andén del tren desde las cinco. Seguro ya habría dado aviso de que él no había partido. El mozo era un esclavo del jefe, sin dignidad ni juicio propio. ¿Qué pasaría si dijese que estaba enfermo? Sería muy desagradable y levantaría sospechas, porque Gregorio no había estado enfermo ni una sola vez durante los cinco años que llevaba de servicio. Aparecería el jefe con el médico del seguro, haría reproches a sus padres por tener un hijo tan vago y cortaría toda excusa remitiéndose al médico, para el que no existen enfermos, sino holgazanes. ¿Y es que en este caso no tendría un poco de razón? Gregorio, a excepción de una modorra injustificable después del largo sueño, se encontraba bastante bien e incluso tenía mucho apetito.

Mientras reflexionaba sobre todo esto con gran rapidez, sin poderse decidir a abandonar la cama —en este mismo instante el despertador daba las siete menos cuarto—, llamaron con suavidad a la puerta que estaba frente a la cabecera de su cama.

—Gregorio —dijo la voz de su madre—. Son las siete menos cuarto. ¿No ibas a salir de viaje?

¡Qué dulce voz! En cambio, al contestar, la suya lo asustó. Sin du-

das era su voz, pero desde lo profundo se mezclaba un doloroso e incontenible gorjeo que deformaba y destrozaba las palabras. Gregorio hubiese querido explicarlo todo pero en estas circunstancias se limitó a decir:

—Sí, sí, gracias madre, ya me levanto.

Probablemente a causa de la puerta de madera no se notaba desde el otro lado el cambio en la voz de Gregorio, por lo cual la madre se tranquilizó con esta respuesta y se marchó. Pero gracias a la breve conversación, los otros miembros de la familia se habían dado cuenta que Gregorio, en contra de todo lo esperado, estaba todavía en casa. El padre golpeó con suavidad la puerta del otro lado con su puño.

—¡Gregorio, Gregorio! —dijo en voz alta—. ¿Qué ocurre?

Tras unos instantes insistió de nuevo con voz más grave:

—¡Gregorio, Gregorio!

Desde la otra puerta lateral se lamentaba en voz baja la hermana.

—Gregorio, ¿no te encuentras bien? ¿Necesitas algo?

Gregorio contestó hacia ambos lados:

—Ya estoy preparado —dijo con una pronunciación lo más cuidadosa posible, haciendo largas pausas entre las palabras, se esforzó por despojar a su voz de todo lo que pudiese llamar la atención.

El padre volvió a su desayuno, pero la hermana susurró:

—Gregorio, abre, te lo suplico.

Pero Gregorio no tenía la menor intención de abrir. Por el contrario, se alegró por la precaución, adquirida durante sus viajes, de cerrar todas las puertas con llave.

Tenía ganas de levantarse con tranquilidad y, sin ser molestado, vestirse y desayunar. Después pensaría en todo lo demás, porque en la

cama, eso era evidente, no llegaría a una conclusión sensata. Recordó que en varias ocasiones ya había sentido en la cama algún leve dolor, quizás producido por estar mal recostado, y que al levantarse había resultado ser solo fruto de su imaginación. Tenía curiosidad por ver cómo irían a desvanecerse sus fantasías de hoy. No dudaba en absoluto que el cambio de voz no era otra cosa que el síntoma de un buen resfrío, enfermedad típica de los viajeros.

Quitarse el cubrecama era muy sencillo, solamente necesitaba inflarse un poco y caería por sí solo. Pero el resto sería difícil, especialmente porque él era muy ancho. Habría necesitado brazos y manos para incorporarse, pero en su lugar tenía muchas patitas que se agitaban continuamente en un confuso movimiento que no lograba dominar. Cuando intentaba doblar una, estiraba la otra. Y si por fin lograba realizar con esa pata lo que quería, entonces todas las demás se revolvían con una agitación desagradable.

«No hay que permanecer en la cama inútilmente», se dijo Gregorio.

En primer lugar, intentó sacar afuera la parte inferior de su cuerpo, la cual no había visto todavía y no podía imaginarse con exactitud. Le resultó difícil de manejar. El movimiento se producía muy despacio. Y cuando finalmente, casi furioso, se lanzó hacia delante con toda su fuerza sin pensar en las consecuencias, hizo un cálculo errado de la dirección y se golpeó con violencia contra la pata trasera de la cama. El dolor punzante que sintió le enseñó que precisamente la parte inferior de su cuerpo era quizás la más sensible en aquel momento.

Por eso intentó sacar primero la parte superior del cuerpo y con cuidado giró la cabeza hacia el borde de la cama. Lo logró con facilidad

a pesar de su ancho y su peso, y el cuerpo siguió posteriormente con lentitud el giro de la cabeza. Pero cuando por fin tenía la cabeza colgando en el aire fuera de la cama, tuvo miedo de continuar avanzando de así. De caer en esta posición tenía que ocurrir realmente un milagro para que la cabeza no resultase herida. Y precisamente ahora no podía de ningún modo perder la cabeza. Antes prefería quedarse en la cama.

Agitado después de semejante esfuerzo, seguía tumbado igual que antes viendo sus patitas de nuevo luchar entre sí, incluso con más fuerza y desorden. Se reiteró que no debía permanecer más tiempo en la cama y que lo más sensato era sacrificarlo todo antes que quedarse allí. Pero, al mismo tiempo, no dejó de razonar que era mejor pensar de manera serena, muy serena, antes que tomar alguna decisión desesperada. Volvió a concentrar su visión en la ventana. Por desgracia, la niebla matinal que ni siquiera permitía ver el otro lado de la estrecha calle, inspiraba poco ánimo u optimismo.

«Las siete ya —se dijo cuando sonó de nuevo el despertador—, las siete ya y todavía semejante niebla». Y durante un instante permaneció tumbado, tranquilo, respirando despacio, como si esperase que el absoluto silencio volviese las cosas a la normalidad.

Pero luego agregó: «Antes de que den las siete y cuarto tengo que haber salido de la cama del todo, como sea. Para entonces ya habrá venido alguien del negocio a preguntar por mí, porque abre antes de las siete». Y entonces comenzó a balancear su cuerpo a un lado y al otro, cuan largo era, hacia afuera de la cama. Si se dejaba caer de esta forma y mantenía su cabeza en alto no la lastimaría. Su espalda parecía fuerte, seguramente no le pasaría nada al caer sobre la alfombra. Lo

más difícil de evitar, según él, era el estruendo que se produciría, y que previsiblemente provocaría, del otro lado de las puertas, si no temor, al menos preocupación. Pero tenía que intentarlo.

Cuando Gregorio ya sobresalía a medias de la cama —el nuevo método parecía más un juego que un esfuerzo, solo tenía que balancearse a empujones— se le ocurrió pensar lo fácil que sería bajar de la cama si alguien viniese en su ayuda. Dos personas fuertes —pensaba en su padre y en la sirvienta— hubiesen sido más que suficientes. Solo tendrían que introducir sus brazos por debajo de su espalda, desprenderlo de la cama, agacharse con el peso, y después solamente tendrían que volcarlo en el suelo. De esa manera, seguramente, las patitas adquirirían su razón de ser. Sin embargo, además de que las puertas estaban cerradas, ¿debía de verdad pedir ayuda? A pesar de la necesidad, no pudo reprimir una sonrisa al concebir tales pensamientos.

Ya había llegado el punto en el que, al balancearse con más fuerza, apenas podía conservar el equilibrio. Pronto tendría que decidirse, pues en cinco minutos serían las siete y cuarto. En ese momento sonó el timbre de la puerta de la calle.

«Seguro que es alguien del almacén», se dijo. Casi se quedó petrificado mientras sus patitas bailaban aún más deprisa. Durante un momento todo permaneció en silencio.

«No van a abrir la puerta», se dijo Gregorio, confundido por alguna absurda esperanza.

Pero entonces, como siempre, la sirvienta se dirigió con naturalidad y con paso firme hacia la puerta y abrió. Gregorio solo necesitó escuchar el primer saludo del visitante y ya sabía quién era: el jefe de la



empresa en persona. ¿Por qué había sido condenado Gregorio a prestar sus servicios en una empresa en la que al más mínimo descuido se sospechaba inmediatamente lo peor? ¿Es que todos sus compañeros eran unos tontos? ¿Es que no había entre ellos uno que, simplemente por el hecho de no haber entregado al almacén un par de horas de la mañana, se lo comiesen los remordimientos y francamente no estuviese en condiciones de abandonar la cama? ¿Es que no alcanzaba con mandar a preguntar a un aprendiz? ¿Tenía que venir el jefe en persona dando a entender, a toda una familia inocente, que la investigación de este sospechoso asunto solamente era confiada a la inteligencia de un superior? Entonces, más por la irritación a la que lo condujeron estos pensamientos que por una auténtica decisión, se lanzó de la cama con toda su fuerza. Se produjo un golpe fuerte, pero no fue un auténtico ruido. La caída fue amortiguada un poco por la alfombra y su espalda era más elástica de lo que Gregorio había pensado; a ello se debió aquel sonido sordo y un poco estrambótico. Pero no había tenido el cuidado suficiente con la cabeza y se la había golpeado. La giró y la restregó contra la alfombra con rabia y dolor.

—Ahí adentro se cayó algo —dijo el jefe en la habitación contigua de la izquierda.

Gregorio intentó imaginarse si quizás alguna vez no podría ocurrirle al jefe algo parecido a lo que le ocurría a él ahora. Había al menos que admitir la posibilidad. Pero, como respuesta cruda a esta pregunta, el jefe dio ahora un par de pasos firmes en la habitación contigua e hizo crujir sus botas de charol. Desde la habitación de la derecha, la hermana, para advertir a Gregorio, susurró:

—Gregorio, el jefe está aquí.

«Ya lo sé», dijo Gregorio para sus adentros. Pero no se atrevió a alzar la voz, así que la hermana no podía oírlo.

—Gregorio —dijo entonces el padre desde la habitación de la izquierda—, el señor jefe ha venido y desea saber por qué no has salido de viaje en el primer tren. No sabemos qué debemos decirle. Además, desea también hablar personalmente contigo, así que, por favor, abre la puerta. El señor ya tendrá la bondad de perdonar el desorden en la habitación.

—Buenos días, señor Samsa —interrumpió el jefe amablemente.

—No se encuentra bien —dijo la madre al jefe mientras el padre hablaba ante la puerta—. No se encuentra bien, créame usted, señor jefe. ¿Cómo, si no, podría Gregorio a perder un tren? El chico solo tiene el almacén en la cabeza. A mí casi me disgusta que nunca salga por la tarde; ahora ha estado ocho días en la ciudad, pero los pasó todos en casa. Se queda aquí, sentado con nosotros en la mesa y lee tranquilamente el periódico o estudia horarios de trenes. Su única distracción es hacer trabajos de marquetería. Por ejemplo, en dos o tres tardes ha tallado un pequeño marco. Se asombrará usted de lo bonito que es. Está colgado ahí dentro, en la habitación. En cuanto abra Gregorio lo verá usted enseguida. Por cierto, me alegro que usted esté aquí, señor jefe. Nosotros solos no hubiéramos conseguido que Gregorio abriera la puerta; es muy testarudo y seguro que no se encuentra bien a pesar de que lo ha negado esta mañana.

—Voy enseguida —dijo Gregorio, hablando lentamente y con precaución. Sin moverse para no perderse una palabra de la conversación.

—De otro modo, señora, tampoco puedo explicármelo —dijo el jefe—. Espero que no se trate de nada serio. Por otra parte, bien tengo que decir que nosotros los comerciantes, por suerte o por desgracia, según se mire, tenemos sencillamente que sobreponernos, por consideración a los negocios, a una ligera indisposición.

—Vamos, ¿puede pasar el jefe a tu habitación? —preguntó impaciente el padre.

—No —dijo Gregorio.

En la habitación de la izquierda se hizo un silencio grave. En la habitación de la derecha comenzó a sollozar la hermana.

¿Por qué no se iba la hermana con los otros? Seguramente acababa de levantarse de la cama y todavía no había empezado a vestirse. Y ¿por qué lloraba? ¿Porque él no se levantaba y dejaba entrar al jefe? ¿Porque estaba en peligro de perder el trabajo y entonces el jefe perseguiría otra vez a sus padres con las viejas deudas? Estas eran, ahora, preocupaciones innecesarias. Gregorio todavía estaba aquí y no pensaba de ningún modo en abandonar a su familia. Yacía todavía en la alfombra y nadie que hubiese tenido conocimiento de su estado sería capaz de exigirle que dejase entrar al jefe. Pero por esta pequeña descortesía, para la que luego podría encontrar fácilmente una explicación apropiada, Gregorio no podía ser despedido inmediatamente. Y a Gregorio le parecía que sería mucho más sensato dejarlo tranquilo en lugar de molestarlo con llantos y ruegos. Pero la verdad es que era la incertidumbre la que afligía a los otros y disculpaba su comportamiento.

—Señor Samsa —exclamó entonces el jefe levantando la voz—, ¿qué ocurre? Se atrinchera en su habitación, contesta solamente con

sí o no, preocupa usted grave e inútilmente a sus padres y, dicho sea de paso, falta usted a sus deberes de una forma verdaderamente inaudita. Hablo aquí en nombre de sus padres y de su jefe, y le exijo seriamente una explicación clara e inmediata. Estoy sorprendido. Yo lo tenía a usted por un hombre formal y sensato, y ahora, de repente, parece que quiere empezar a hacer alarde de extravagancias. El dueño me insinuó esta mañana una posible explicación a su demora, se refería al cobro que se le ha confiado desde hace poco tiempo. Yo realmente di casi mi palabra de honor de que esta explicación no podía ser cierta. Pero en este momento veo su incomprensible obstinación y pierdo todo el deseo de dar la cara por usted. Su posición no es, en absoluto, la más segura. En principio tenía la intención de decirle todo esto a solas, pero ya que me hace usted perder mi tiempo inútilmente no veo la razón por la que no se enteren también sus señores padres. Su rendimiento en los últimos tiempos ha sido muy poco satisfactorio, cierto que no es la época del año apropiada para hacer grandes negocios, eso lo reconocemos, pero no existe una época del año para no hacer ninguna venta, señor Samsa, no debe existir.

—¡Pero, señor jefe! —gritó Gregorio, fuera de sí, y en su irritación olvidó todo lo demás—. Ya abro inmediatamente la puerta. Una ligera indisposición, un mareo, me han impedido levantarme. Todavía estoy en la cama, pero ahora ya estoy otra vez despejado. Ahora mismo me levanto de la cama. ¡Tenga un momentito de paciencia! Todavía no estoy tan bien como creía, pero voy mejorando. ¡¿Cómo pudo atacarme una cosa así?! Ayer por la tarde me encontraba bastante bien. Mis padres, en efecto, lo saben. O mejor dicho, ya ayer por la tarde tuve un

pequeño malestar, tendría que haberseme notado. ¿Por qué no avisé en el almacén?! Lo que pasa es que siempre se piensa que se superará la enfermedad sin tener que quedarse en casa. Señor jefe, ¡tenga consideración con mis padres! No hay motivo alguno para todos los reproches que me hace usted. Nunca se me dijo una palabra de todo eso. Quizás usted no haya leído los últimos pedidos que he enviado. Por cierto, en el tren de las ocho salgo de viaje, estas pocas horas de sosiego me han dado fuerza. No se entretenga usted señor jefe. Yo mismo estaré enseguida en el almacén, tenga usted la bondad de decirlo y de saludar de mi parte al dueño.

Gregorio profería atropelladamente todo esto, apenas sabía lo que decía. Se había acercado un poco al armario, seguramente gracias al ejercicio adquirido en la cama, e intentaba ahora levantarse apoyado en él. Quería de verdad abrir la puerta, deseaba sinceramente dejarse ver y hablar con el jefe. Deseaba saber lo que los otros, que tanto querían verlo, dirían ante su presencia. Si se asustaban, Gregorio no tendría ya responsabilidad alguna y podría estar tranquilo. Pero si lo aceptaban todo con tranquilidad, entonces tampoco tenía motivo para excitarse y, de hecho, podría, si se daba prisa, estar a las ocho en la estación. Al principio se resbaló varias veces contra la superficie lisa del armario, pero finalmente dio con fuerza un último impulso y permaneció erguido. Ya no prestaba atención alguna a los dolores de vientre, aunque eran muy fuertes. Entonces se dejó caer contra el respaldo de una silla cercana, a cuyos bordes se agarró fuertemente con sus patitas. Con esto había conseguido el dominio de su cuerpo. Enmudeció porque ahora podía escuchar al jefe.

—¿Han entendido ustedes una sola palabra? —preguntó el jefe a los padres—. ¿O es que nos toma por tontos?

—¡Por el amor de Dios! —exclamó la madre entre sollozos—. Quizás esté gravemente enfermo y nosotros lo atormentamos.

—¡Greta! ¡Greta! —gritó después.

—¿Qué, madre? —dijo la hermana desde el otro lado. Se comunicaban a través de la habitación de Gregorio—. Tienes que ir inmediatamente al médico, Gregorio está enfermo. Rápido, busca al médico. ¿Acabas de oírlo hablar?

—Es una voz de animal —dijo el jefe en un tono extremadamente bajo comparado con los gritos de la madre.

—¡Anna! ¡Anna! —gritó el padre en dirección a la cocina a través de la antesala, y dando palmadas—. ¡Ve a buscar inmediatamente a un cerrajero!

Y ya corrían las dos muchachas haciendo ruido con sus faldas por la antesala —¿cómo se había vestido la hermana tan deprisa?— y abrieron la puerta de par en par. No se oyó la puerta cerrarse, seguramente la habían dejado abierta como suele pasar en las casas donde ha ocurrido una gran desgracia.

Pero Gregorio estaba ahora mucho más tranquilo. Sus palabras ya no se entendían a pesar de que a él le habían parecido lo suficientemente claras, más claras que antes. Sin duda tendría el oído acostumbrado. Lo importante es que se sabía que algo andaba mal con él y querían prestarle ayuda. La decisión y seguridad con que fueron tomadas las primeras disposiciones le sentaron bien. De nuevo se consideró incluido en el círculo humano y esperaba tanto del médico como

del cerrajero excelentes y sorprendentes resultados. Con el fin de tener una voz lo más clara posible para las decisivas conversaciones que se avecinaban, tosió un poco, esforzándose, sin embargo, por hacerlo con mucha moderación. Posiblemente, incluso ese ruido sonaba de una forma distinta a la voz humana, hecho que no creía poder distinguir él mismo. Mientras tanto, en la habitación contigua reinaba el silencio. Quizás los padres estuvieran sentados en la mesa cuchicheando con el jefe. Quizás todos estuvieran arrimados a la puerta escuchándolo.

Gregorio se acercó lentamente a la puerta con la ayuda de la silla. Allí la soltó, se arrojó contra la puerta, se mantuvo erguido sobre ella —las callosidades de sus patitas estaban provistas de una sustancia pegajosa— y descansó durante un momento del esfuerzo realizado. A continuación comenzó a girar la llave con la boca. Por desgracia, no parecía tener dientes propiamente dichos —¿con qué iba a agarrar la llave?—, pero, por otro lado, sus mandíbulas eran muy poderosas. Con ellas pudo poner la llave en movimiento. No se daba cuenta de que se estaba causando daño. Un líquido parduzco le salía de la boca, chorreaba por la llave y goteaba hasta el suelo.

—Escuchen —dijo el jefe en la habitación de al lado—, está dando vuelta a la llave.

Esto fue un gran estímulo para Gregorio; pero todos debían haberlo animado, incluso el padre y la madre. «¡Vamos, Gregorio!», debían haber gritado. «¡Firme, firme con la cerradura!». Y ante la idea de que todos estaban pendientes de sus esfuerzos, se aferró ciegamente a la llave con todas las fuerzas que fue capaz de reunir. A medida que avanzaba la llave, Gregorio giraba alrededor de la cerradura. Ya solo se

sostenía con la boca y, según la necesidad del momento, se colgaba de la llave o la apretaba de nuevo hacia dentro con todo el peso de su cuerpo. El sonido agudo de la cerradura, que por fin se abrió, le devolvió la vida. Respirando profundamente dijo para sus adentros: «No he necesitado al cerrajero», y apoyó la cabeza sobre el picaporte para abrir la puerta del todo.

Como tuvo que abrir la puerta hacia adentro tirando de ella, Gregorio todavía no era visible. Primero debía darse vuelta lentamente sobre sí mismo, alrededor de la hoja de la puerta, y hacerlo con mucho cuidado si no quería caer torpemente de espaldas justo ante el umbral de la habitación. Todavía estaba concentrado en este difícil movimiento y sin poder prestar atención a otra cosa, cuando escuchó al jefe lanzar en voz alta un «¡Oh!». Sonó como si aullara el viento. Y en ese momento vio también como el jefe, que era el más cercano a la puerta, se tapaba la boca abierta con la mano y retrocedía lentamente como empujado por una fuerte presión invisible. La madre —que a pesar de la presencia del jefe estaba allí con los cabellos desenredados y parados— miró primero al padre con las manos juntas, dio a continuación dos pasos hacia Gregorio y, con el rostro completamente oculto en su pecho, cayó al suelo en medio de sus faldas, que quedaron extendidas a su alrededor. El padre cerró el puño con expresión amenazante, como si quisiera empujar de nuevo a Gregorio a su habitación. Miró vagamente a su alrededor, después se tapó los ojos con las manos y lloró de tal forma que su robusto pecho se estremecía por el llanto.

Gregorio no entró en la habitación, sino que se apoyó en la parte intermedia de la hoja de la puerta que permanecía cerrada. Solo podía



NO!

OH!

verse la mitad de su cuerpo y sobre él la cabeza, inclinada a un lado, que miraba hacia los demás. Mientras tanto el día había aclarado. Al otro lado de la calle se distinguía claramente una parte del edificio vecino, negruzco e interminable —era un hospital—, con sus ventanas regulares que perforaban la fachada. Todavía caía la lluvia, aunque con grandes gotas aisladas. La vajilla del desayuno se extendía generosamente sobre la mesa porque para el padre el desayuno era la comida principal del día, y la prolongaba durante horas con la lectura de diversos periódicos. Justo en la pared de enfrente había una fotografía de Gregorio, de la época de su servicio militar, con uniforme de teniente, con la mano sobre la espada, sonriendo despreocupadamente, como pidiendo respeto ante su actitud y su uniforme. La puerta del vestíbulo estaba abierta, también la de la entrada; y se podía ver el comienzo de la escalera, que conducía hacia abajo.

—Bueno —dijo Gregorio, y era completamente consciente de que era el único que había conservado la tranquilidad—. Me vestiré inmediatamente, empaquetaré el muestrario y saldré de viaje. ¿Quieren dejarme marchar? Señor jefe, ya ve usted que no soy terco y me gusta trabajar. Viajar es fatigoso, pero no podría vivir sin viajar. ¿Adónde va usted, señor jefe? ¿Al almacén? ¿Sí? ¿Lo contará usted todo tal como es en realidad? En un momento dado puede uno ser incapaz de trabajar, pero este es el momento preciso para acordarse de los servicios prestados y para pensar que después, una vez superado el obstáculo, uno trabajará, con toda seguridad, con más celo y concentración. Yo le debo mucho al dueño, bien lo sabe usted. Por otra parte, tengo a mi cuidado a mis padres y a mi hermana. Estoy en un aprieto, pero saldré

de él. No me lo haga usted más difícil de lo que es. ¡Póngase de mi lado en el almacén! Ya sé que no se quiere bien al viajante. Se piensa que gana un montón de dinero y que se da la gran vida. Es cierto que no hay una razón especial para negar del todo este prejuicio. Pero usted, señor jefe, tiene una visión de conjunto de las circunstancias mejor que la que tiene el resto del personal. Incluso, en confianza, una visión de conjunto mejor que la del mismo dueño que, en su condición de empresario, cambia fácilmente de opinión en perjuicio del empleado. También sabe usted muy bien que el viajante, que casi todo el año está fuera del almacén, puede convertirse fácilmente en víctima de murmuraciones, casualidades y quejas infundadas, contra las cuales le resulta absolutamente imposible defenderse, pues la mayoría de las veces se entera de ellas cuando, agotado, ha vuelto de su viaje. Solo entonces, una vez en el hogar, es cuando siente sobre su propia persona las consecuencias de unas causas que ya no puede comprender. Señor jefe, no se marche usted sin haberme dicho una palabra que me demuestre que, al menos en una pequeña parte, me da usted la razón.

Pero ya desde las primeras palabras de Gregorio, el jefe se había dado media vuelta y lo miraba por encima del hombro, que se movía convulsivamente, poniendo un gesto de asco en los labios. No estuvo quieto ni un momento mientras hablaba Gregorio, sino que, sin perderlo de vista, se fue deslizando muy lentamente hacia la puerta, como si existiese una prohibición secreta de abandonar la habitación. Ya se encontraba en el vestíbulo y, a juzgar por el movimiento repentino con que sacó el pie de la sala, podría haberse creído que acababa de quemarse la suela. Ya en el vestíbulo, extendió la mano derecha en dirección a la

escalera, como si allí le esperase una verdadera salvación sobrenatural.

Gregorio comprendió que no debía dejar marchar al jefe en ese estado de ánimo si no quería ver amenazado su trabajo en el almacén. Los padres no entendían del todo. Creían que Gregorio estaría colocado en ese almacén por el resto de su vida. Además, con las preocupaciones actuales tenían tanto que hacer que habían perdido toda previsión. Pero Gregorio sí la tenía. El jefe debía ser retenido, tranquilizado, persuadido y, finalmente, atraído. ¡El futuro de Gregorio y de su familia dependía de ello! ¡Si hubiese estado aquí la hermana! Ella era lista; ya había llorado cuando Gregorio todavía estaba tranquilamente sobre su espalda, y seguro que el jefe, ese aficionado a las mujeres, se hubiese dejado llevar por ella. Ella habría cerrado la puerta principal y en el vestíbulo lo hubiese disuadido de su miedo. Pero lo cierto es que la hermana no estaba allí y Gregorio tenía que actuar. Y sin pensar en su actual capacidad de movimiento, y en que sus palabras posiblemente, seguramente incluso, no habían sido entendidas, abandonó la hoja de la puerta y se deslizó a través del hueco abierto. Pretendía dirigirse hacia el jefe que, de una forma grotesca, se agarraba ya con ambas manos a la baranda de la escalera. Gregorio, al buscar algo en que apoyarse, se cayó inmediatamente sobre sus múltiples patitas, dando un pequeño grito. Apenas sucedido esto, sintió por primera vez en aquella mañana un bienestar físico: cuando las patitas tenían suelo firme por debajo lo obedecían a la perfección. Incluso intentaban transportarlo hacia donde él quería. Gregorio ya creía que el alivio definitivo de todos sus males se encontraba a su alcance. Pero había caído cerca de su madre, justo frente a ella. Esta, que parecía completamente

sumida en sus propios pensamientos, dio un salto hacia arriba, con los brazos extendidos, con los dedos muy separados entre sí, y exclamó:

—¡Socorro, por el amor de Dios, socorro!

Manténíala cabeza inclinada, como si quisiera ver mejor a Gregorio, y al mismo tiempo retrocedía con torpeza. Había olvidado que detrás de ella estaba la mesa puesta, y al llegar a esta se sentó encima precipitadamente, como fuera de sí. No se percató de que el café de la cafetera volcada caía a chorros sobre la alfombra.

—¡Madre, madre! —dijo Gregorio en voz baja, y miró hacia ella. Por un momento había olvidado completamente al jefe. En cambio, no pudo evitar, viendo el café que se derramaba, abrir y cerrar en el vacío varias veces sus mandíbulas.

Al verlo la madre gritó nuevamente, huyó de la mesa y cayó en los brazos del padre, que corría a su encuentro. Pero Gregorio no tenía ahora tiempo para sus padres. El jefe se encontraba ya en la escalera. Con la barbilla sobre la baranda miró de nuevo, por última vez. Gregorio tomó impulso para alcanzarlo. El jefe debió adivinar algo, porque saltó de una vez varios escalones y desapareció. Pero lanzó un «¡Uh!» que se oyó en toda la escalera. Lamentablemente esta huida del jefe pareció desconcertar del todo al padre. Hasta ahora había estado relativamente sereno. En lugar de perseguir él mismo al jefe o, al menos, no obstaculizar a Gregorio en su persecución, agarró con la mano derecha el bastón del jefe, que aquel había dejado sobre la silla junto con el sombrero y el gabán. Tomó con la mano izquierda un gran periódico que había sobre la mesa y, dando patadas en el suelo, comenzó a hacer retroceder a Gregorio a su habitación blandiendo el bastón y el periódico.



co. De nada sirvieron los ruegos de Gregorio, tampoco fueron entendidos. Por más que inclinara la cabeza con sumisión hacia su padre, este pataleaba con mucha vehemencia. Al otro lado, la madre había abierto de par en par una ventana, a pesar del tiempo frío, e inclinada hacia fuera se cubría el rostro con las manos.

Entre la calle y la escalera se estableció una fuerte corriente de aire. Las cortinas de las ventanas volaban, se agitaban los periódicos encima de la mesa, las hojas sueltas revoloteaban por el suelo. El padre lo acosaba implacablemente y daba silbidos como un loco. Pero Gregorio todavía no tenía mucha práctica en andar hacia atrás, andaba realmente muy despacio. Si Gregorio hubiese podido dar la vuelta, enseguida habría estado en su habitación. Pero tenía miedo de impacientar al padre con esta lenta maniobra, y a cada instante lo amenazaba el golpe mortal del bastón en la espalda o la cabeza. Finalmente, no le quedó a Gregorio otra solución, pues advirtió con angustia que andando hacia atrás perdía el sentido de la orientación. Así, mirando constantemente de reojo con temor a su padre, comenzó a darse la vuelta con la mayor rapidez posible. Pero, en realidad, lo hacía con una gran lentitud. Quizás advirtió el padre su buena voluntad, porque no solo no lo obstaculizó en su empeño, sino que, con la punta de su bastón, lo dirigía de tanto en tanto, desde lejos, en su movimiento giratorio. ¡Si no hubiese sido por ese insoportable silbar del padre! Por su culpa Gregorio perdía la cabeza por completo. Ya casi se había dado la vuelta del todo cuando, siempre oyendo ese silbido, se equivocó y retrocedió un poco en su giro. Cuando por fin, feliz, ya tenía la cabeza ante la puerta, resultó que su cuerpo era demasiado ancho para pasar por ella sin

dificultad. Naturalmente al padre, en su estado de ánimo actual, no se le ocurrió ni remotamente la idea de abrir la otra hoja de la puerta para ofrecer a Gregorio espacio suficiente. Su idea fija consistía solamente en que Gregorio tenía que entrar en su habitación lo más rápidamente posible. Tampoco habría permitido jamás los complicados preparativos que necesitaba Gregorio para incorporarse y, de este modo, atravesar la puerta. Es más, empujaba hacia delante a Gregorio con mayor bulla aún, como si no existiese obstáculo alguno. Ya no sonaba detrás de Gregorio la voz de un padre cualquiera. No era broma, Gregorio tenía que meterse por la fuerza a su habitación. Uno de los costados de su cuerpo se levantó, quedando atravesado en el hueco de la puerta. Su costado estaba herido por completo, en la puerta blanca quedaron marcadas unas manchas desagradables. Se quedó atascado y solo no habría podido moverse. Las patitas de un costado estaban colgadas en el aire, y temblaban. Las del otro lado permanecían aplastadas dolorosamente contra el suelo.

Entonces el padre le dio un fuerte empujón que, en esta situación, le produjo un auténtico alivio. Gregorio penetró profundamente en su habitación, sangrando con intensidad. La puerta fue cerrada con el bastón y a continuación se hizo finalmente un silencio.



NIAM

URP

Gregorio

no despertó de su profundo sueño, similar a un desmayo, sino hasta el anochecer.

Seguramente no se hubiese despertado mucho más tarde, aun sin ser molestado, porque se sentía suficientemente repuesto y descansado. Sin embargo, le parecía como si lo hubiesen despertado unos pasos ligeros y el ruido de la puerta que daba al vestíbulo al ser cerrada con cuidado. El resplandor de los faroles eléctricos de la calle se reflejaba pálidamente aquí y allí en el techo de la habitación y en las partes altas de los muebles. Pero abajo, donde se encontraba Gregorio, estaba oscuro. Tanteando todavía torpemente con sus antenas, que ahora aprendía a valorar, se deslizó lentamente hacia la puerta para ver lo que había ocurrido. Su costado izquierdo parecía una única y larga cicatriz que le daba desagradables tirones y lo obligaba a cojear con sus dos filas de patas. Por cierto, una de las patitas había resultado gravemente herida durante los incidentes de la mañana —casi parecía un milagro que solo una hubiese resultado herida— y se arrastraba sin vida.

Cuando llegó a la puerta advirtió que lo que lo había atraído hacia allí era el olor a comida. Había un tazón lleno de leche dulce en el que nadaban trocitos de pan. Estuvo a punto de llorar de alegría porque ahora tenía más hambre que por la mañana. Inmediatamente introdujo la cabeza dentro de la leche, casi hasta por encima de los ojos. Pero pronto volvió a sacarla con desilusión. No solo comer le resultaba difícil debido a su delicado costado izquierdo —solo podía comer si todo su cuerpo cooperaba jadeando— sino porque la leche, que siempre había sido su bebida favorita, y que seguramente por eso se la había traído la hermana, ya no le gustaba. Es más, se retiró casi con repugnancia del tazón y retrocedió arrastrándose hacia el centro de la habitación.

En la sala, por lo que veía Gregorio a través de la rendija de la puerta, estaba encendido el gas. Pero mientras el padre a esta hora del día solía leer el periódico de la tarde en voz alta a la madre, y a veces también a la hermana, ahora no se oía ruido alguno. Bueno, quizás esta costumbre de leer en voz alta, tal como le contaba y le escribía siempre su hermana, se había perdido del todo en los últimos tiempos. Pero todo a su alrededor permanecía en silencio, a pesar de que, sin duda, la casa no estaba vacía. «¡Qué vida tan apacible lleva la familia!», se dijo Gregorio y, mientras miraba fijamente la oscuridad que reinaba ante él, se sintió muy orgulloso de haber podido proporcionar a sus padres y a su hermana la vida que llevaban en una casa tan hermosa. Pero ¿qué ocurriría si toda la tranquilidad, todo el bienestar, toda la satisfacción llegasen ahora a un terrible final? Para no perderse en tales pensamientos, prefirió Gregorio ponerse en movimiento y arrastrarse de acá para allá por la habitación.

En una ocasión, durante el largo anochecer, alguien entreabrió las puertas laterales y las cerró rápidamente. Era alguien que tenía necesidad de entrar pero, al mismo tiempo, sentía demasiada vacilación. Entonces Gregorio se paró justamente delante de la puerta de la sala, decidido a hacer entrar de alguna manera al indeciso visitante, o al menos a saber quién era. Pero la puerta ya no se abrió más y Gregorio esperó en vano. Por la mañana temprano, cuando las puertas estaban bajo llave, todos querían entrar en su habitación. Ahora que él había abierto una puerta, y que las demás habían sido abiertas sin duda durante el día, nadie venía. Las llaves estaban por fuera.

Muy tarde, ya de noche, se apagó la luz en la sala. Fue fácil comprobar que los padres y la hermana habían permanecido despiertos todo ese tiempo, porque se podía oír perfectamente cómo se retiraban de puntas de pie. Con total seguridad hasta la mañana siguiente no entraría nadie más en la habitación de Gregorio. Disponía de tiempo para meditar, sin que nadie lo molestase, cómo debía organizar su vida de aquí en adelante. Pero aquella habitación de techos altos, en cuyo suelo permanecía tumbado, lo asustaba sin poder discernir la causa, pues era la habitación que ocupaba desde hacía cinco años. Con un movimiento medio inconsciente y no sin cierta vergüenza, se apresuró a meterse bajo el sofá. Allí permaneció durante toda la noche, por un lado, inmerso en un entresueño del cual el hambre lo despertaba una y otra vez; y por el otro, entre preocupaciones y confusas esperanzas que lo llevaban a la misma conclusión: de momento debía comportarse con calma, tener paciencia y consideración para que a la familia se le hicieran más soportables las molestias que, en su estado actual, no podía evitar producirles.

Temprano por la mañana —era casi de noche todavía—, Gregorio pudo poner a prueba las decisiones que acababa de tomar, porque la hermana, casi vestida del todo, abrió la puerta desde el vestíbulo y miró hacia dentro con vivísima atención. No lo encontró enseguida, pero cuando lo descubrió debajo del sofá —¡Dios mío, tenía que estar en alguna parte, no podía haber volado!— se asustó tanto que, sin poder dominarse, volvió a cerrar la puerta desde afuera.

Pero como si se arrepintiese de su comportamiento, inmediatamente la abrió de nuevo y entró en puntas de pie, como si se tratase de un enfermo grave o de un extraño. Gregorio había adelantado la cabeza casi hasta el borde del sofá y la observaba. ¿Se daría cuenta la hermana de que no había tocado la leche? Y no por falta de hambre. ¿Le traería otra comida más adecuada? Si no caía en la cuenta por sí misma, Gregorio preferiría morir de hambre antes que pedirselo. En realidad, sentía unos enormes deseos de salir de abajo del sofá, arrojarse a los pies de la hermana y rogarle que le trajese algo bueno de comer. Pero la hermana miró con sorpresa el tazón lleno. Solo se había vertido un poco de leche alrededor. Lo levantó del suelo, pero no directamente con las manos sino con un trapo, y se lo llevó. Gregorio sentía mucha curiosidad por saber lo que le traería en su lugar, e hizo al respecto las más diversas conjeturas. Pero nunca hubiese podido adivinar lo que la bondad de la hermana iba realmente a lograr. Para poner a prueba su gusto, le trajo muchas cosas para elegir, todas ellas extendidas sobre un viejo periódico. Había verduras pasadas medio podridas, huesos de la cena rodeados de una salsa blanca que se había ya endurecido, algunas pasas de uvas y almendras, un queso que hacía ya dos días

Gregorio había calificado de incomible, un trozo de pan, otro trozo de pan untado con mantequilla y otro más untado con mantequilla y sal. Aparte colocó el tazón lleno de agua. Y por delicadeza, como sabía que Gregorio nunca comería delante de ella, se retiró con rapidez e incluso echó llave, para que él se diese cuenta de que podía ponerse todo lo cómodo que deseara. Las patitas de Gregorio zumbaban cuando se acercaba el momento de comer. Por cierto, sus heridas debían estar curadas del todo porque ya no notaba molestia alguna. Se asombró y pensó en como, hacía más de un mes, se había cortado un poco un dedo y esa herida, todavía anteayer, le dolía bastante. «¿Tendré ahora menos sensibilidad?», pensó mientras chupaba con voracidad el queso, que fue lo que más le atrajo de inmediato de toda aquella comida. Sucesivamente, a toda velocidad, y con los ojos llenos de lágrimas de alegría, devoró el queso, las verduras y la salsa. Los alimentos frescos, por el contrario, no le gustaban, ni siquiera podía soportar su olor. Por esto, los alejó un poco de las cosas que quería comer.

Hacía tiempo que había terminado y permanecía descansando perezosamente en el mismo sitio cuando la hermana, como indicándole que debía retirarse, giró lentamente la llave. Esto lo asustó, a pesar de que ya dormitaba, y se apresuró a esconderse bajo el sofá. Pero le costó mucho permanecer allí el breve lapso en el que la hermana estuvo en la habitación. A causa de la abundante comida, el vientre se había redondeado un poco y apenas podía respirar en ese espacio reducido. Entre pequeños ataques de asfixia, veía con sus ojos fuera de órbita como la hermana, que nada imaginaba de esto, barría no solamente los restos, sino también los alimentos que Gregorio ni siquiera había toca-

do, como si estos ya no se pudiesen utilizar. Ella tiró todo rápidamente a un tacho que cerró con una tapa de madera, y después se llevó todo. Apenas se había dado la vuelta cuando Gregorio salió de debajo del sofá, estirándose y resoplando.

Así recibía Gregorio su comida diaria una vez por la mañana, cuando los padres y la criada todavía dormían, y otra después del almuerzo, cuando los padres dormían un ratito la siesta y la hermana mandaba a la criada a hacer algún recado. Sin duda los padres no querían que Gregorio se muriese de hambre, pero quizás no habrían podido soportar enterarse de sus costumbres alimenticias más que por lo que les dijese la hermana. Es probable que ella quisiera ahorrarles cualquier otra pena porque, de hecho, ya sufrían bastante. Gregorio ignoraba las excusas con las que el médico y el cerrajero habían sido despedidos de la casa aquella primera mañana. Como a Gregorio no se le entendía, ni siquiera la hermana podía hacerlo, pensaban que él no entendería a los demás. Por eso, nadie le explicaba nada. Así, cuando la hermana estaba en su habitación, tenía que conformarse con escuchar de vez en cuando sus suspiros y sus invocaciones a los santos. Solo más tarde, cuando ella ya se había acostumbrado un poco a la situación —naturalmente nunca podría pensarse en que se acostumbrase del todo— Gregorio captaba alguna observación, hecha amablemente, o que así podía interpretarse.

—Hoy sí que le ha gustado —decía ella cuando Gregorio había comido con abundancia.

Por el contrario, cosa que poco a poco se repetía con más frecuencia, solía decir casi con tristeza:

—Hoy ha sobrado todo.

Gregorio no se enteraba de novedad alguna de forma directa, escuchaba fragmentos de conversaciones que se daban en las habitaciones contiguas. Apenas escuchaba alguna voz, corría enseguida hacia la puerta correspondiente y apretaba su cuerpo contra ella. Especialmente en los primeros tiempos no había ninguna conversación que no tratase de él. A lo largo de dos días se escucharon, durante las comidas, discusiones sobre cómo se debían comportar ahora. Pero también entre las comidas se hablaba del mismo tema, porque siempre había al menos dos miembros de la familia, ya que nadie quería quedarse solo ni podían dejar la casa sola. Desde el primer día la criada (no estaba del todo claro qué y cuánto sabía de lo ocurrido) había pedido de rodillas a la madre que la despidiese inmediatamente. Y cuando, un cuarto de hora después, se marchaba con lágrimas en los ojos, daba gracias por el despido como si fuese el favor más grande que pudiese hacersele. Y sin que nadie se lo pidiese hizo un solemne juramento: no contarle nada a nadie.

Ahora la hermana, junto con la madre, tenía que cocinar. Esto no ocasionaba demasiado trabajo porque apenas si se comía. Gregorio escuchaba, una y otra vez, como uno animaba en vano al otro a que comiese y no recibía más contestación que: «¡Gracias, estoy satisfecho!», o algo parecido. Quizás tampoco se bebía nada. A veces la hermana preguntaba al padre si quería tomar una cerveza, y se ofrecía amablemente a ir ella misma a buscarla. Y como el padre permanecía callado, añadía, para que él no tuviese reparos, que podía mandar a la portera. Entonces el padre respondía con un «no» tajante, y no se hablaba más del asunto.



Ya en el transcurso del primer día el padre explicó, tanto a la madre como a la hermana, toda la situación económica y las perspectivas. De vez en cuando se levantaba de la mesa y recogía algún documento o libro de anotaciones de la pequeña caja fuerte marca Wertheim, que había salvado de la quiebra de su negocio, ocurrida hacía cinco años. Se oía como abría el complicado cerrojo y lo volvía a cerrar después de sacar lo que buscaba. Estas explicaciones del padre eran, en parte, la primera cosa grata que Gregorio oía desde su encierro. Gregorio había creído que al padre no le había quedado nada de aquel negocio. Al menos el padre no le había dicho lo contrario y, por otra parte, tampoco Gregorio le había preguntado. En aquel entonces la preocupación de Gregorio fue hacer todo lo posible para que la familia olvidase rápidamente el desastre comercial que los había sumido a todos en la más completa desesperación. Así, había empezado entonces a trabajar con un entusiasmo muy especial y, casi de la noche a la mañana, había pasado a ser de un simple dependiente a un viajante de comercio. Un viajante tenía muchas más posibilidades de ganar dinero. Las comisiones se convierten inmediatamente en dinero contante y sonante, que se podía poner sobre la mesa ante la familia asombrada y feliz. Habían sido buenos tiempos que nunca se repitieron, al menos con ese esplendor. Esto a pesar de que Gregorio después ganaba tanto dinero que estaba en situación de cargar con todos los gastos de la familia, y así lo hacía. Se habían acostumbrado a esto tanto la familia como él. Se aceptaba el dinero con agradecimiento, él lo entregaba con gusto, pero ya no emanaba de ello un calor especial. Solamente la hermana había permanecido unida a Gregorio, quien tenía la secreta intención de mandarla, el año próximo, al Conservatorio. A

diferencia suya, ella sentía un gran amor por la música y tocaba el violín de una forma conmovedora. Claro que esto traería aparejado grandes gastos, pero ya los compensarían de alguna otra forma. Con frecuencia, durante las breves estancias de Gregorio en la ciudad, se mencionaba el Conservatorio en las conversaciones con la hermana. Pero solo como un hermoso sueño en cuya realización no podía ni pensarse, y a los padres ni siquiera les gustaba escuchar estas inocentes alusiones. Pero Gregorio pensaba de verdad en el asunto y tenía la intención de darlo a conocer solemnemente en Nochebuena.

Este tipo de pensamientos, completamente inútiles en su nueva situación, eran los que le pasaban por la cabeza mientras permanecía allí pegado a la puerta y escuchaba. A veces ya no podía escuchar más de puro cansando y, en un descuido, se golpeaba la cabeza contra la puerta. Pero volvía a levantarla de inmediato porque incluso ese ruido insignificante era escuchado en la habitación al lado y hacía enmudecer a todos.

—¿Qué estará haciendo? —decía el padre pasado uno momento, mirando hacia la puerta. Después reanudaban poco a poco la conversación, que había sido interrumpida.

De esta forma Gregorio se enteró muy bien —el padre solía repetir sus explicaciones, en parte porque él mismo ya hacía tiempo que no se ocupaba de estas cosas y, en parte también, porque la madre no entendía todo a la primera— de que a pesar de la desgracia, todavía quedaba una pequeña fortuna. Los intereses, aún intactos, habían aumentado un poco más durante todo este tiempo. Además, el dinero que Gregorio había traído todos los meses a casa —él solo había guar-

dado para sí unos pocos florines— no se había gastado del todo y se había convertido en un pequeño capital. Gregorio, detrás de su puerta, asentía entusiasmado, contento por la inesperada previsión y ahorro. La verdad es que con ese dinero sobrante se podía haber pagado la deuda del padre, y así el día de la liberación de ese trabajo habría estado más cercano. Pero, en estas circunstancias, era sin duda mucho mejor así, tal y como lo había organizado el padre.

Sin embargo, este dinero no era del todo suficiente como para que la familia pudiese vivir de los intereses. Bastaba quizás para mantener a la familia un año, como mucho dos. Más era imposible. Así pues, se trataba de una suma de dinero que, en realidad, no podía tocarse, y que debía ser reservada para un caso de necesidad. El dinero para vivir había que ganarlo. Pero si bien era cierto que el padre era un hombre sano, era ya viejo, y hacía cinco años que no trabajaba. No debía confiar mucho en sus fuerzas. Durante esos cinco años —las primeras vacaciones de su esforzada y desafortunada existencia— había engordado mucho, y por ello se había vuelto muy torpe. ¿Y la anciana madre? ¿Tenía ahora que ganar dinero, ella, que padecía de asma? Un paseo por la casa le producía fatiga. Además pasaba uno de cada dos días con dificultades respiratorias, tumbada en el sofá con la ventana abierta. Y la hermana ¿también tenía que ganar dinero? Ella todavía era una criatura de diecisiete años que merecía llevar la forma de vida que llevaba hasta ahora. Consistía en vestirse bien, dormir mucho, ayudar en la casa, participar en algunas diversiones modestas y, sobre todo, tocar el violín. Cuando se empezaba a hablar de la necesidad de ganar dinero, Gregorio acababa por abandonar la puerta y se subía al fresco

sofá de cuero que estaba junto a la puerta, lleno de pena y vergüenza.

A veces permanecía allí tumbado durante toda la noche, con insomnio, rascando el cuero durante horas. Otras veces se ocupaba de empujar una silla hasta la ventana, trepar hasta el antepecho y, subido a la silla, apoyarse en la ventana a mirar a través de ella. Eso le recordaba la libertad que sentía cada vez que se apoyaba en ese lugar. Día a día veía cada vez con menos claridad las cosas, por más que fuesen cercanas. Ya no podía ver el hospital de enfrente, cuya visión constante había maldecido antes. Y si no hubiese sabido muy bien que vivía en la tranquila pero central calle Charlottenstrasse, podría haber creído que veía desde su ventana un desierto en el que el cielo gris y la tierra gris se unían sin poder distinguirse uno de otra. La hermana solo necesitó ver dos veces que la silla estaba bajo la ventana para que, a partir de entonces, la colocase siempre bajo aquella, e incluso dejase abierta la contraventana interior.

Si Gregorio hubiese podido hablar con la hermana y darle las gracias por todo lo que tenía que hacer por él, podría soportar mejor sus servicios. Pero de esta forma sufría con ellos. Es cierto que la hermana intentaba hacer más llevadero lo penoso de la situación y, naturalmente, cuanto más tiempo pasaba, más fácil le resultaba conseguirlo. Pero también Gregorio se iba dando cuenta de muchas cosas.

Apenas veía a la hermana le agarraba una pena muy grande. Ella entraba y sin tomarse el tiempo necesario de cerrar la puerta para que nadie viese el interior de la habitación corría hacia la ventana y la abría de par en par, con gran apuro, como si se asfixiase. Y aunque hiciese mucho frío, permanecía durante un ratito frente a ella, respirando hon-

do. Estas carreras y ruidos asustaban a Gregorio dos veces al día. Durante todo ese tiempo temblaba bajo el sofá. Sabía que ella le hubiese evitado con gusto el ajeteo si le hubiese sido posible permanecer en la misma habitación sin la necesidad de abrir las ventanas.

Una vez, aproximadamente un mes más tarde de ocurrida la metamorfosis de Gregorio, cuando el aspecto de este ya no era para la hermana motivo especial de asombro, entró un poco antes de lo previsto y lo encontró mirando por la ventana, inmóvil, con un aspecto de verdad aterrador. No le habría extrañado que ella no hubiese entrado, porque estando allí impedía que ella pudiese abrir de inmediato la ventana. Pero ella no solamente no entró, sino que retrocedió y cerró la puerta. Un extraño habría podido pensar que Gregorio la había acechado y había querido morderla. Él, naturalmente, se escondió enseguida bajo el sofá. Pero tuvo que esperar hasta el mediodía para que la hermana volviese, haciéndolo mucho más intranquila que de costumbre. Gregorio concluyó que su aspecto todavía le resultaba insoportable y que continuaría siendo así, ella tenía que dominarse a sí misma para no salir corriendo al ver tan solo la pequeña parte de su cuerpo que sobresalía del sofá. Para ahorrarle también ese espectáculo, un día transportó sobre la espalda —hacerlo le llevó cuatro horas— la sábana hasta el sofá. La colocó de tal forma que él quedaba tapado del todo. Incluso si la hermana se agachaba, no podía verlo. Si ella hubiese juzgado que esa sábana no hubiese sido necesaria, podría haberla retirado, porque era obvio que para Gregorio no era ningún placer aislarse totalmente. Pero dejó la sábana tal como estaba, e incluso Gregorio creyó adivinar una mirada de gratitud cuando, con cuidado, levantó la cabeza un poco

para ver como la hermana tomaba la nueva disposición.

Durante los primeros catorce días, los padres no consiguieron decidirse a entrar en su habitación. Gregorio escuchaba con frecuencia como ahora reconocían el trabajo de la hermana, a pesar de anteriores enojos con ella, porque les parecía una chica un poco inútil. Pero ahora, ambos padres la esperaban salir de la habitación para que les contase con todo detalle qué aspecto tenía el cuarto, lo que había comido Gregorio, cómo se había comportado esta vez y si, quizás, se advertía una pequeña mejoría. Es verdad que la madre quiso pronto entrar a ver a Gregorio, pero el padre y la hermana se lo impidieron. Al principio con argumentos racionales, que Gregorio escuchaba con mucha atención, y con los que estaba muy de acuerdo. Pero más tarde hubo que impedirselo por la fuerza, y entonces gritaba:

—¡Déjenme entrar a ver a Gregorio, pobre hijo mío! ¿Es que no comprenden que tengo que entrar a verlo? Entonces Gregorio pensaba que quizás sería bueno que la madre entrase, naturalmente no todos los días, pero sí una vez a la semana. Ella comprendía todo mucho mejor que la hermana que, a pesar de su valentía, no era más que una niña, y, en última instancia, quizás solo se había hecho cargo de una tarea tan difícil por una inconsciencia infantil.

El deseo de Gregorio de ver a la madre pronto se convirtió en realidad. Durante el día él no quería mostrarse por la ventana, por consideración a sus padres, pero tampoco podía moverse demasiado en el pequeño espacio libre del suelo. Le resultaba difícil estar tumbado tranquilamente durante la noche; ya ni siquiera la comida le producía alegría alguna. Así, para distraerse, adoptó la costumbre de arrastrarse por las

paredes y el techo. Le gustaba especialmente permanecer colgado del techo. Era algo muy distinto a estar tumbado en el suelo, se respiraba con más libertad. Un ligero balanceo atravesaba el cuerpo. Sumido en el estado de felicidad en el que se encontraba allí arriba, podía ocurrir que, para su sorpresa, se dejase caer y golpeará contra el suelo. Pero ahora, naturalmente, dominaba su cuerpo mucho mejor de como lo había hecho antes y no se hacía daño incluso después de semejante caída. La hermana se dio cuenta de inmediato de la nueva diversión que Gregorio había descubierto, ya que al arrastrarse dejaba huellas de una sustancia pegajosa. Entonces se le ocurrió ampliarle el espacio por el que podía moverse, sacando de allí los muebles que lo impedían, es decir, sobre todo, el armario y el escritorio. Ella no era capaz de hacerlo todo sola, tampoco se atrevía a pedir ayuda al padre. La nueva criada, una jovencita de unos dieciséis años, no la hubiese ayudado seguramente. Esa chica resistía con valor desde que se había despedido a la cocinera anterior, pero había pedido el favor de poder mantener la cocina constantemente cerrada y abrirla solamente después de una señal determinada. Así pues, una vez en la que el padre estuvo ausente, no le quedó a la hermana más remedio que valerse de la madre.

Con exclamaciones de excitada alegría se acercó la madre, pero enmudeció ante la puerta de la habitación de Gregorio. Primero la hermana se aseguró de que todo en la habitación estuviese en orden, después dejó entrar a la madre. Gregorio se había apresurado a colocar la sábana aún más abajo y con más pliegues, simulando el aspecto de una sábana lanzada casualmente sobre el sofá. Gregorio se abstuvo esta vez de espiar por debajo de la sábana; renunció a ver esta vez a la

madre y se contentaba solo con que hubiese venido.

—Vamos, acércate, no se lo ve —dijo la hermana.

Sin duda, llevaba a la madre de la mano. Gregorio oyó entonces como ambas movían de su sitio el pesado y viejo armario, y como la hermana se cargaba la mayor parte del trabajo, sin escuchar las advertencias de la madre que temía que se esforzase demasiado. Aquello duró mucho. Después de un cuarto de hora, la madre dijo que debía dejar allí el armario porque, en primer lugar, era demasiado pesado y no acabarían antes de que regresara el padre, y con el armario en medio de la habitación le bloqueaban a Gregorio cualquier camino. En segundo lugar, no era del todo seguro que se le hiciera a Gregorio un favor al retirar los muebles. A ella le parecía precisamente lo contrario, la vista de las paredes desnudas le oprimía el corazón. ¿Por qué no iba a sentir Gregorio lo mismo? ¿No se sentiría abandonado en la habitación vacía?

—¿Acaso no te parece... —concluyó la madre en voz baja (ella hablaba ahora casi susurrando, como si quisiera evitar que Gregorio escuchase el sonido de su voz, porque estaba convencida de que él no entendía las palabras)— que retirando los muebles le mostramos que perdemos toda esperanza de mejoría y lo abandonamos a su suerte sin consideración alguna? Yo creo que lo mejor sería que intentásemos conservar la habitación como se encontraba antes, para que Gregorio, cuando regrese de nuevo con nosotros, encuentre todo tal como estaba y pueda olvidar más fácilmente todo lo vivido en este tiempo.

Al escuchar estas palabras, Gregorio reconoció que la falta de conversación directa con un ser humano a lo largo de estos últimos dos meses, junto a la vida monótona con la familia, habían trastocado sus

facultades mentales. De otro modo no podía explicarse que hubiese podido desear de verdad que se vaciase su habitación. ¿Deseaba realmente permitir que transformasen su cálida habitación amueblada con los viejos muebles heredados de su familia en una cueva donde podría, es cierto, pasearse en todas direcciones sin problemas pero a costa que olvidarse velozmente y por completo su pasado humano?

Ya se encontraba cerca de aquel olvido y solamente lo había animado la voz de su madre, que no había oído desde hacía tiempo. Nada debía retirarse, todo debía quedar como estaba. No podía prescindir, en su estado, del bienestar que producían los muebles. Aunque estos lo estorbaban en su ir y venir, no eran un problema, sino una gran ventaja.

Pero la hermana tenía otra opinión. No sin cierto derecho se había acostumbrado a aparecer frente a los padres como experta en los asuntos concernientes a Gregorio. Por lo tanto, el consejo de la madre era para la hermana motivo suficiente para retirar no solo el armario y el escritorio, como había pensado en un principio, sino todos los muebles a excepción del imprescindible sofá. En realidad no era solo la terquedad infantil y la confianza en sí misma que había venido consiguiendo en los últimos tiempos, de forma tan vertiginosa y difícil, lo que la impulsaba a esta decisión. Nada de eso. Ella había observado que Gregorio necesitaba mucho lugar para moverse y que, por otro lado, no utilizaba en absoluto los muebles, al menos por lo que se veía. Pero quizás jugaba también un papel importante el carácter intransigente propio de una chica de su edad, que busca su satisfacción en cada oportunidad. Porque a una habitación en la que solo Gregorio era dueño y señor de las paredes vacías, no se atrevería a entrar ninguna otra persona más que ella.

Así fue que no se dejó convencer por la madre, que se mostraba inquieta y no parecía sentirse segura en esa habitación. Esta pronto enmudeció y ayudó a la hermana con todas sus fuerzas a sacar el armario. Gregorio podía prescindir del armario, pero el escritorio tenía que quedarse. Apenas las mujeres abandonaron la habitación con el armario, contra el cual se apoyaban suspirando, Gregorio sacó la cabeza de abajo del sofá para ver cómo podía tomar cartas en el asunto lo más prudente y discretamente posible. Pero, por desgracia, fue precisamente la madre quien regresó primero, mientras Greta, en la habitación de al lado, sujetaba el armario rodeándolo con los brazos y lo empujaba sola sin poder moverlo en absoluto. La madre no estaba acostumbrada a ver a Gregorio, podría haberse puesto enferma por su culpa. Entonces él, retrocediendo, se alejó asustado hasta el otro extremo del sofá, sin evitar que la sábana se moviese un poco. Esto fue suficiente para llamar la atención de la madre. Esta se detuvo, permaneció allí un momento en silencio y luego volvió con Greta.

Ahora Gregorio se repetía una y otra vez que no estaba ocurriendo nada fuera de lo común, sino que solo se cambiaban de sitio algunos muebles. Sin embargo, pronto se sintió abrumado por este ir y venir de las mujeres, sus gritos breves, el arrastre de los muebles sobre el suelo. Por mucho que replegara la cabeza y las patas sobre sí mismo y apretara el cuerpo contra el suelo, no soportaría por mucho tiempo. Ellas le vaciaban su habitación, le quitaban todo aquello que quería. El armario en el que guardaba la sierra y otras herramientas ya no estaba. Ahora aflojaban el escritorio, que estaba fijo al suelo, en el cual había hecho sus deberes cuando era estudiante de comercio, alumno del

instituto e incluso alumno de la escuela primaria. Ya no era capaz de apreciarlas buenas intenciones que tenían las dos mujeres, a las que, por cierto, casi había olvidado, porque de puro agotamiento trabajaban en silencio y solamente se oían las sordas pisadas de sus pies.

Y así fue que salió de repente —las mujeres estaban en ese momento en la habitación de al lado, apoyadas en el escritorio para tomar aliento— y cambió cuatro veces la dirección de su marcha. No sabía a ciencia cierta qué era lo que debía salvar primero. Le llamo la atención, colgando en la pared vacía, el cuadro de la mujer envuelta en pieles. Se arrastró apresuradamente por la pared y se apretó contra el cuadro, cuyo cristal lo sujetaba y le aliviaba el ardor de su vientre. Al menos este cuadro, que Gregorio tapaba ahora por completo, seguro no se lo llevaba nadie. Volvió la cabeza hacia la puerta de la sala para observar a las mujeres cuando volviesen.

No se habían permitido una larga tregua y ya volvían. Greta había rodeado a su madre con el brazo y casi la sostenía por completo.

—¿Qué nos llevaremos ahora? —dijo Greta, y miró a su alrededor. Entonces sus miradas se cruzaron con la de Gregorio, que estaba en la pared. Seguramente solo a causa de la presencia de la madre Greta conservó la calma, se volvió hacia ella, para impedirle mirar a su alrededor, y le dijo, temblando y aturdida:

—Ven, ¿nos volvemos un momento a la sala?

Gregorio veía claramente la intención de Greta: quería llevar a la madre a un lugar seguro y luego bajarlo de la pared. Bueno, ¡que lo intentase! Él permanecería sobre su cuadro y no lo dejaría. Prefería saltarle a Greta a la cara.



Pero fueron precisamente las palabras de Greta las que inquietaron a la madre, quien se echó a un lado y vio la gigantesca mancha pardusca sobre el papel tapiz pintado de flores. Antes de darse realmente cuenta de que aquello que veía era Gregorio, gritó con voz ronca y estridente:

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! —Y con los brazos extendidos cayó sobre el sofá, como si renunciase a todo. Allí se quedó inmóvil. —¡Tú, Gregorio! —gritó la hermana levantando el puño con una mirada fulminante.

Eran estas las primeras palabras que le dirigía directamente después de la metamorfosis. Corrió a la habitación de al lado para buscar alguna esencia con la que pudiese despertar a su madre del desmayo. Gregorio también quería ayudar —había tiempo más que suficiente para salvar el cuadro—, pero estaba pegado al cristal y tuvo que desprenderse con fuerza. Luego corrió también a la habitación de al lado como si pudiera dar a la hermana algún consejo, como en otros tiempos, pero tuvo que quedarse detrás de ella sin hacer nada. Cuando volvía con algunos frascos, Greta se asustó. Uno de los frascos cayó al suelo y un trozo de cristal lastimó la cara de Gregorio, que se cubrió enseguida de un líquido corrosivo. Sin detenerse, Greta agarró todos los frascos que podía y corrió con ellos hacia donde estaba la madre. Cerró la puerta con el pie. Gregorio estaba ahora aislado de la madre, que quizás estaba a punto de morir por su culpa.

No debía abrir la habitación, no quería echar a la hermana que tenía que permanecer con la madre. Ahora no podía hacer otra cosa que esperar. Afligido por los remordimientos y la preocupación, comenzó a

arrastrarse por todas partes: paredes, muebles y techo. Finalmente, en su desesperación, cuando ya la habitación empezaba a dar vueltas a su alrededor, se desplomó en el medio de la mesa principal.

Pasó un tiempo, Gregorio seguía tirado allí, extenuado, a su alrededor todo estaba tranquilo. Parecía una buena señal. Entonces sonó el timbre. La chica estaba, naturalmente, encerrada en su cocina y Greta tenía que ir a abrir. El padre había llegado.

—¿Qué ha ocurrido? —Fueron sus primeras palabras. El aspecto de Greta lo revelaba todo. Ella contestó con voz ahogada, apretando con firmeza su rostro contra el pecho del padre:

—Mamá se quedó inconsciente, pero ya está mejor. Gregorio ha escapado.

—Ya me lo esperaba —dijo el padre—. Se los he dicho una y otra vez. Pero ustedes nunca hacen caso.

Gregorio se dio cuenta de que el padre había interpretado mal la escueta información de Greta y que suponía que él había cometido algún acto violento. Por eso ahora tenía que intentar apaciguar al padre, pero no tenía ni tiempo ni posibilidades de darle explicaciones. Así pues, Gregorio se precipitó hacia la puerta de su habitación y se apretó contra ella para que el padre, ya desde el momento en que entrase en el vestíbulo, viese que tenía la más sana intención de regresar inmediatamente a su habitación. No era necesario hacerlo retroceder, sino que solo hacía falta abrir la puerta para que inmediatamente desapareciera. Pero el padre no estaba en situación de advertir esas sutilezas.

—¡Ah! —gritó al entrar, en un tono como si al mismo tiempo estuviese furioso y contento. Gregorio retiró la cabeza de la puerta y la

levantó hacia el padre, que estaba de pie. Nunca se lo hubiese imaginado así. En los últimos tiempos, puesta su atención en arrastrarse por todas partes, no se había preocupado como antes por los asuntos que ocurrían en el resto de la casa. Sin embargo, ¿era posible que este fuera su padre? ¿El mismo hombre que yacía sin ganas en la cama mientras Gregorio salía por sus viajes de negocios? ¿El mismo hombre que, la tarde en la que volvía, lo recibía en bata sentado en su sillón, y que no estaba en condiciones de pararse, sino que solo levantaba los brazos hacia él? ¿El mismo hombre que, durante los escasos paseos en familia, un par de domingos al año o en las festividades, caminaba entre Gregorio y la madre? ¿El mismo que lo hacía aún más despacio que ellos, que ya caminaban lento, envuelto en su viejo abrigo, siempre apoyado en el bastón, y que cuando quería decir algo, todos se tenían que quedar parados a su alrededor? Ahora estaba muy derecho, vestía un rígido uniforme azul con botones, como los que llevan los ordenanzas de los bancos. Por encima del cuello alto y tieso de la chaqueta sobresalía su gran papada, por debajo de las pobladas cejas se abría paso la mirada despierta y atenta de sus ojos negros. El cabello blanco, en otro tiempo desgredado, estaba ahora ordenado en un peinado exacto a raya brillante. Arrojó su gorra, en la que había bordado un monograma dorado, probablemente el de un banco, sobre el sofá. Se dirigió hacia Gregorio con el rostro furioso, las puntas de la larga chaqueta del uniforme echadas hacia atrás y las manos en los bolsillos del pantalón. Probablemente ni él mismo sabía lo que iba a hacer, sin embargo levantaba los pies a una altura desmedida. Gregorio se asombró del enorme tamaño de las suelas de sus botas. Pero no meditó sobre

ello, ya sabía desde el primer día de su nueva vida que el padre consideraba que debía tratárselo con la mayor rigidez. Gregorio corría ahora delante del padre, se paraba si él se paraba, y se apresuraba a seguir apenas lo veía en movimiento. Así, como consecuencia de la lentitud, recorrieron varias veces la habitación sin que ocurriese nada decisivo, y sin que hubiese tenido ni siquiera el aspecto de una persecución. Gregorio permanecía en el suelo pues temía que el padre considerase la huida hacia las paredes o el techo como un ataque de su parte. Sin embargo, Gregorio tuvo que aceptar que no soportaría por mucho tiempo estas carreras, porque cuando el padre daba un solo paso, él tenía que realizar un sinnúmero de movimientos. Ya comenzaba a sentir ahogos, aunque es verdad que tampoco antes había tenido unos pulmones dignos de confianza. Mientras se tambaleaba, intentando reunir todas sus fuerzas para la carrera, apenas abría los ojos. En su embotamiento, no pensaba en otra posibilidad de salvación que la de correr. Ya casi había olvidado que las paredes estaban a su disposición, aunque estaban obstruidas por muelles llenos de esquinas y picos. En ese momento algo lanzado sin fuerza le cayó al lado y echó a rodar frente a él. Era una manzana; inmediatamente siguió otra. Gregorio se quedó inmóvil del susto. Seguir corriendo era inútil, porque el padre había decidido bombardearlo. Se había llenado los bolsillos con el frutero que estaba sobre el aparador y lanzaba manzana tras manzana sin apuntar, por ahora, con exactitud. Las pequeñas manzanas rojas rodaban por el suelo como electrificadas y chocaban unas con otras. Una manzana lanzada sin fuerza rozó la espalda de Gregorio, pero resbaló sin causarle daños. Sin embargo, la que le siguió inmediatamente se incrustó en



la espalda de Gregorio. Él intentó arrastrarse, como si el descomunal e insoportable dolor pudiese aliviarse con solo cambiar de lugar. Pero estaba como clavado y se estiraba, totalmente desconcertado.

Con una última mirada alcanzó a ver como la puerta de su habitación se abría de par en par. Por delante de la hermana, que chillaba, salía corriendo la madre en enaguas, puesto que la hermana la había desnudado para que pudiese respirar mejor mientras permanecía desmayada. Vio entonces que la madre corría hacia el padre y, en el camino, perdía una tras otra sus enaguas desatadas. Ya empezaba a fallarle la vista a Gregorio, pero alcanzó a contemplar cómo, tropezando con las enaguas, la madre caía sobre el padre. Abrazándolo, unida estrechamente a él, le suplicaba, cruzando las manos por detrás de su nuca, que perdonase la vida de Gregorio.



Aquella herida grave

mantuvo incapacitado a Gregorio por más de un mes.

Como nadie se atrevía a retirar la manzana, permaneció incrustada en la carne como recuerdo viviente de lo ocurrido. Esto pareció recordarle al padre que Gregorio, a pesar de su triste y repugnante forma actual, era un miembro de la familia, a quien no podía tratarse como a un enemigo. Era deber familiar aguantarse la repugnancia y resignarse, nada más que resignarse.

Gregorio había perdido su agilidad por culpa de la herida, probablemente para siempre. Ahora necesitaba, para cruzar su habitación, como un viejo inválido, unos cuantos minutos. No podía ni pensar en subirse por las paredes. Sin embargo, en compensación por este empeoramiento de su estado, recibió una reparación más que suficiente: hacia el anochecer se abría la puerta de la sala. Ya desde dos horas

antes solía observarla fijamente. Tumbado en la oscuridad de su habitación, sin ser visto desde el comedor, podía observar a toda la familia en la mesa iluminada. Podía escuchar sus conversaciones, con el consentimiento de todos, por decirlo de algún modo. Esta era una forma completamente distinta de convivencia.

Cabe decir que no eran las animadas conversaciones de antaño las que Gregorio extrañaba con cierta nostalgia, cuando, cansado, se metía en la cama húmeda de los hoteles. La mayoría de las veces el tiempo transcurría en silencio. El padre no tardaba en dormirse en la silla después de la cena, y la madre y la hermana se silenciaban entre ellas. La madre, inclinada abajo de la luz, cosía ropa fina para un comercio de moda. La hermana, que había aceptado un trabajo como vendedora, estudiaba por la noche taquigrafía y francés para conseguir, más adelante, un puesto mejor. A veces el padre se despertaba y, como si no supiera que había dormido, decía a la madre:

—¡Hasta cuándo vas a coser hoy! E inmediatamente volvía a dormirse mientras la madre y la hermana se sonreían mutuamente.

Por una especie de obstinación, el padre se negaba a quitarse el uniforme mientras estaba en casa. Dormitaba en su asiento completamente vestido. La bata colgando inútilmente de la percha, como si siempre estuviese preparado para el servicio e incluso en casa esperase también la voz de su superior. Como consecuencia, el uniforme, que desde un principio no era nuevo, empezó a ensuciarse a pesar del cuidado de la madre y de la hermana. Gregorio con frecuencia se pasaba tardes enteras mirando esta brillante ropa, completamente manchada, con sus botones dorados siempre limpios. Ropa con la que el anciano

dormía muy incómodo y, sin embargo, tranquilo.

En cuanto el reloj marcaba las diez, la madre intentaba despertar al padre en voz baja y convencerlo para que se fuese a la cama, porque aquí no descansaba bien y tenía que empezar a trabajar a las seis de la mañana. Pero con lo testarudo que se había puesto desde que era ordenanza, insistía en permanecer en la mesa, a pesar de quedarse dormido. Costaba convencerlo de que cambiase la silla por la cama. La madre y la hermana insistían con pequeños regaños. Durante un cuarto de hora el padre cabeceaba lentamente, mantenía los ojos cerrados y no se levantaba. La madre le tiraba del brazo, diciéndole al oído palabras cariñosas, y la hermana abandonaba su trabajo para ayudarla, pero esto no tenía efecto sobre él. Se hundía más profundo en su silla. Solo abría los ojos cuando las mujeres lo agarraban por debajo de los hombros, miraba alternadamente a la madre y a la hermana, y solía decir:

—¡Qué vida esta! ¡Esta es la tranquilidad de mis últimos días! Y apoyado sobre las dos mujeres se levantaba trabajosamente, como si él mismo fuese su más pesada carga. Se dejaba llevar por ellas hasta la puerta, allí les hacía una señal de que no las necesitaba, y continuaba solo. Pero la madre y la hermana dejaban apresuradamente su costura y su pluma para correr tras el padre y continuar ayudándolo.

¿Quién en esta familia agotada por el trabajo y rendida de cansancio iba a tener más tiempo del necesario para ocuparse de Gregorio? El presupuesto familiar se reducía cada vez más, la criada acabó por ser despedida. Una sirvienta gigantesca y huesuda, con el pelo blanco y desgreñado, venía por la mañana y por la noche, y hacía el trabajo más pesado. Todo lo demás lo hacía la madre, además de coser para afuera.

Tuvieron que vender varias joyas de la familia que la madre y la hermana habían lucido con orgullo en reuniones y fiestas. Gregorio se enteró durante la noche, por la conversación, del precio conseguido. Pero el mayor motivo de queja era que no se podían mudar de la casa, y que esta resultaba demasiado grande en las circunstancias presentes. Pero, ¿cómo se podía trasladar a Gregorio? Comprendía que no era solo él lo que impedía un traslado, porque se lo habría podido transportar fácilmente en un cajón apropiado con un par de agujeros para el aire. Lo que impedía a la familia un cambio de casa era la desesperación total y la idea de que habían sido azotados por una desgracia sin igual. Todo lo que el mundo exige de la gente pobre lo cumplían hasta la saciedad: el padre iba a buscar el desayuno para el pequeño empleado de banco; la madre se sacrificaba por la ropa de gente extraña; la hermana, a la orden de los clientes, corría de un lado para otro detrás del mostrador. Las fuerzas de la familia ya no daban para más.

La herida de la espalda comenzaba otra vez a dolerle a Gregorio cuando la madre y la hermana, después de haber llevado al padre a la cama, regresaban. Dejaban a un lado el trabajo, se acercaban una a otra, sentándose muy juntas. Entonces la madre, señalando hacia la habitación de Gregorio, decía:

—Cierra la puerta, Greta. Y Gregorio se encontraba de nuevo en la oscuridad, mientras las mujeres confundían sus lágrimas o simplemente miraban fijo la mesa sin llorar.

Gregorio pasaba las noches y los días casi sin dormir. A veces pensaba que la próxima vez que se abriese la puerta él se haría cargo de los asuntos de la familia como antes. En su mente aparecieron de

nuevo, después de mucho tiempo, el jefe y el encargado, los dependientes y los aprendices, el mozo de los recados, dos o tres amigos de otros almacenes, una camarera de un hotel de provincias, un recuerdo amado y fugaz (una cajera de una tienda de sombreros a quien había pretendido seriamente, pero con demasiada lentitud). Todos ellos aparecían mezclados con gente extraña o ya olvidada. Pero en lugar de ayudarlo a él y a su familia, todos ellos eran inaccesibles, de modo que se sentía aliviado cuando desaparecían.

Y después ya no estaba de humor para preocuparse por su familia, solamente sentía rabia por el mal cuidado que le daban. A pesar de que no podía imaginarse algo que le hiciese sentir apetito, hacía planes acerca de cómo podría llegar a la despensa para tomar de allí lo que quisiese, incluso aunque no tuviese hambre alguna. La hermana, sin pensar demasiado lo que podría gustarle a Gregorio, cada mañana y mediodía, antes de marcharse a la tienda, empujaba apresuradamente con el pie cualquier comida en la su habitación. Después, a la noche, tanto si la comida había sido probada como si —y este era el caso más frecuente— ni siquiera habría sido tocada, la recogía con el palo de la escoba. Limpiar la habitación, cosa que ahora hacía siempre por la noche, no podía hacerse más deprisa. Franjas de suciedad se extendían por las paredes, por todas partes había ovillos de polvo y mugre.

Al principio, cuando entraba la hermana, Gregorio se colocaba en el rincón más sucio para, de alguna manera, mostrárselo y reprocharle la falta de limpieza. Pero hubiese podido permanecer allí semanas enteras sin provocar que la hermana cambie su actitud. Ella veía la suciedad lo mismo que él, pero había decidido a dejarla allí. Al mismo

tiempo, reclamaba celosamente para ella el cuidado de la habitación de Gregorio. Esta susceptibilidad se había apoderado de toda la familia, la cual la apoyaba. En una ocasión la madre había conseguido una limpieza profunda de la habitación de Gregorio, utilizando varios baldes de agua. Sin embargo, la humedad también molestaba a Gregorio, que yacía estirado, amargado e inmóvil sobre el sofá. La madre no tardó en recibir su castigo. Apenas la hermana notó, por la tarde, el cambio en la habitación de Gregorio, herida en lo más profundo de sus sentimientos, corrió a la sala y, a pesar de que la madre suplicaba con las manos levantadas, rompió en un mar de lágrimas. El padre se despertó sobresaltado en su silla. Al principio, ambos padres observaban asombrados y sin poder hacer nada, hasta que comenzaron a sentirse conmovidos. El padre, por un lado, reprochaba a la madre que no hubiese dejado al cuidado de la hermana la limpieza de la habitación. Y por el otro, decía a gritos a la hermana que nunca más volvería a limpiar la habitación de Gregorio. Mientras la madre intentaba llevar al dormitorio al padre, que no podía más de irritación, la hermana, sacudida por los sollozos, golpeaba la mesa con sus pequeños puños. Gregorio silbaba con rabia porque a nadie se le ocurría cerrar la puerta para ahorrarle aquel espectáculo y el griterío.

Pero incluso si la hermana, agotada por su trabajo, estaba ya harta de cuidar a Gregorio como antes, no era necesario que la madre la sustituyera ni que Gregorio fuese desatendido, porque estaba la sirvienta. Esa vieja viuda que en su larga vida debía haber superado lo peor con ayuda de su recia y huesuda figura no sentía repugnancia alguna por él. Sin sentir verdadera curiosidad, una vez había abierto por casualidad la puerta de su habitación. Al verlo se quedó de pie, con asombro y con

los brazos cruzados. Gregorio, sorprendido, y a pesar de que nadie lo perseguía, comenzó a correr de un lado a otro.

Desde entonces no perdía la oportunidad de abrir un poco la puerta por la mañana y por la tarde para echar un vistazo a la habitación de Gregorio. Al principio lo llamaba con palabras que, probablemente, consideraba amistosas, como: «¡Ven aquí, viejo escarabajo!» o «¡Miren al escarabajo pelotero!». Gregorio no contestaba nada a tales llamadas, permanecía inmóvil en su sitio, como si la puerta no hubiese sido abierta. ¡Ojalá se le hubiese ordenado a esa sirvienta que limpiase diariamente la habitación en lugar de permitirle que lo molestase sin motivos y a su antojo!

Una mañana temprano —la intensa lluvia golpeaba los cristales, quizás anunciando la primavera— la sirvienta empezó otra vez con sus irreverencias. Gregorio se enfureció tanto que giró hacia ella para atacarla. Pero lo hizo de forma lenta y débil. La sirvienta, en vez de asustarse, alzó una silla que tenía cerca y permaneció allí con la boca completamente abierta, dejando en claro su intención de cerrarla solo cuando la silla acabara en la espalda de Gregorio.

—¿Así que ya no se me acerca más? —preguntó al ver que Gregorio giraba de nuevo, y volvió a colocar la silla tranquilamente en el rincón.

Gregorio ya no comía casi nada. Solo, si pasaba por casualidad al lado de la comida, tomaba un bocado para jugar con él en la boca. Lo mantenía allí horas y horas y, la mayoría de las veces, acababa por escupirlo. Al principio pensó que lo que le impedía comer era la tristeza por el estado de su habitación, pero precisamente con estos cambios se reconcilió muy pronto. Se habían acostumbrado a meter en esta habitación

cosas que no podían colocar en otro sitio, y ahora había muchas, porque una de las habitaciones de la casa había sido alquilada a tres huéspedes.

Estos señores tan serios —los tres tenían barba, según pudo comprobar Gregorio por una rendija de la puerta— ponían especial atención en el orden. No solo de su habitación, sino de toda la casa y, especialmente, de la cocina. No soportaban cachivaches inútiles ni mucho menos sucios. Además, habían traído una gran parte de sus propios muebles. Por ese motivo sobraban muchas cosas que no se podían vender ni tampoco se querían tirar. Todas estas cosas acababan en la habitación de Gregorio. Lo mismo ocurrió con el cajón de la ceniza y el cajón de la basura de la cocina. La sirvienta, que siempre tenía mucha prisa, arrojaba en la habitación de Gregorio todo lo que, de momento, no servía. Gregorio solo veía el objeto que arrojaban y la mano que lo hacía. Quizás la sirvienta tenía la intención de recoger todo cuando hubiese tiempo y oportunidad. Lo cierto es que todas las cosas quedaban tiradas en el mismo lugar en que habían caído al ser arrojadas, a no ser que Gregorio las empujara en sus deambulaciones.

Al principio lo hacía por necesidad, porque no había sitio libre para arrastrarse, pero luego fue con creciente satisfacción, a pesar de que después de tales tareas acababa mortalmente agotado y triste, y durante horas permanecía inmóvil.

Como los huéspedes a veces cenaban en la sala, la puerta permanecía algunas noches cerrada. Pero Gregorio renunciaba gustoso a abrirla, incluso algunas noches en las que había estado abierta no lo aprovechaba, sino que, sin que la familia lo notase, se tumbaba en el rincón más oscuro de la habitación.

Pero en una ocasión la sirvienta dejó entreabierta la puerta y así quedó, incluso cuando los inquilinos llegaron y se encendió la luz. Se sentaron en los mismos sitios en que antes comían el padre, la madre y Gregorio, desdoblaron las servilletas y agarraron cuchillo y tenedor. Inmediatamente apareció por la puerta la madre con una fuente de carne, y poco después la hermana con una fuente llena de papas. La comida humeaba. Los huéspedes se inclinaban sobre las fuentes como si quisiesen examinarlas antes de comer. El señor que estaba sentado en el medio, y que parecía ser el que más autoridad tenía de los tres, cortaba un trozo de carne en la misma fuente con el fin de comprobar si estaba lo suficientemente tierna o si tenía que ser devuelta a la cocina. Quedó satisfecho. La madre y la hermana, que habían observado todo con impaciencia, sonrieron suspirando profundamente.

La familia comía en la cocina. El padre, antes de entrar en ella, iba a la sala y, con la gorra en la mano, hacía una reverencia y daba una vuelta a la mesa. Los huéspedes se levantaban y murmuraban algo. Cuando ya estaban solos, comían casi en absoluto silencio. A Gregorio le parecía extraño que de todos los ruidos de la comida se destacase el de los dientes al masticar, como si con ello quisieran mostrarle que para comer se necesitan los dientes y que, aun con las más hermosas mandíbulas, sin dientes no se podía conseguir nada.

—Tengo hambre —se decía Gregorio preocupado—, pero no me gustan estas cosas. ¡Me moriría si comiese lo que comen los huéspedes!

Precisamente aquella noche —Gregorio no se acordaba de haberlo oído en mucho tiempo— se escuchó el violín. Los huéspedes ya habían terminado de cenar, el del medio había sacado un periódico. Le

había dado una hoja a cada uno de los otros dos, y los tres fumaban y leían echados hacia atrás. Cuando el violín comenzó a sonar escucharon con atención y se levantaron. En puntas de pie fueron hacia la puerta del vestíbulo, donde permanecieron parados, quietos, apretados unos junto a otros. Desde la cocina se los debió oír, porque el padre gritó:

—¿Les molesta a los señores la música? Inmediatamente puede dejar de tocarse.

—Al contrario —dijo el señor del medio—. ¿No desearía la señorita venir a tocar aquí en la sala, donde es mucho más cómodo y agradable?

—Naturalmente —exclamó el padre, como si el violinista fuese él mismo.

Los huéspedes regresaron a la habitación y esperaron. Pronto llegó el padre con el atril, la madre con la partitura y la hermana con el violín. La hermana preparó con tranquilidad todo lo necesario para tocar. Los padres, que nunca antes habían alquilado habitaciones, y por ello exageraban la amabilidad con los inquilinos, no se atrevían a sentarse en sus propias sillas. El padre se apoyó en la puerta, con la mano derecha colocada entre dos botones de la chaqueta abrochada. Uno de los señores ofreció una silla a la madre, y ella se sentó donde le indicaron, en un rincón apartado.

La hermana empezó a tocar. El padre y la madre, cada uno desde su lugar, seguían con atención los movimientos de sus manos. Gregorio, atraído por la música, había avanzado un poco hacia delante y ya su cabeza asomaba en la sala. Ya casi no le sorprendía que en los últimos tiempos no tuviera consideración por los demás, siendo que antes

estaba orgulloso de tenerla. Aquella noche hubiese tenido un motivo de peso para esconderse porque, como consecuencia del polvo que reinaba en su habitación, y que volaba por todas partes al menor movimiento, se encontraba muy sucio. Sobre su espalda y sus costados arrastraba hilos, pelos y restos de comida. Su indiferencia hacia todo era demasiado grande como para tumbarse sobre su espalda y restregarse contra la alfombra, tal como lo hacía antes varias veces al día. Y, a pesar de este estado, no sentía vergüenza alguna de avanzar por el suelo impecable del comedor.

Por otra parte, nadie le prestaba atención. La familia estaba completamente absorta en la música del violín. Los huéspedes, que al principio se habían colocado con las manos en los bolsillos cerca detrás del atril de la hermana, de forma que podrían haber leído la partitura, lo cual sin duda tenía que estorbar a la hermana, se retiraron pronto hacia la ventana con las cabezas inclinadas y hablando a media voz. El padre los observaba con preocupación. Era evidente que habían sido decepcionados en su expectativa de escuchar una pieza culta o divertida al violín, que estaban hartos de la función y solo por educación no dejaban la sala en busca de tranquilidad. La forma en que echaban el humo de los cigarrillos por la boca y por la nariz denotaba gran nerviosismo.

Y sin embargo la hermana tocaba maravillosamente. Su rostro estaba inclinado hacia un lado, sus ojos seguían las notas del pentagrama con tristeza. Gregorio avanzó un poco más, manteniendo la cabeza pegada al suelo. Deseaba cruzar su mirada con ella. ¿Podría ser un simple insecto si la música lo emocionaba de esa manera?

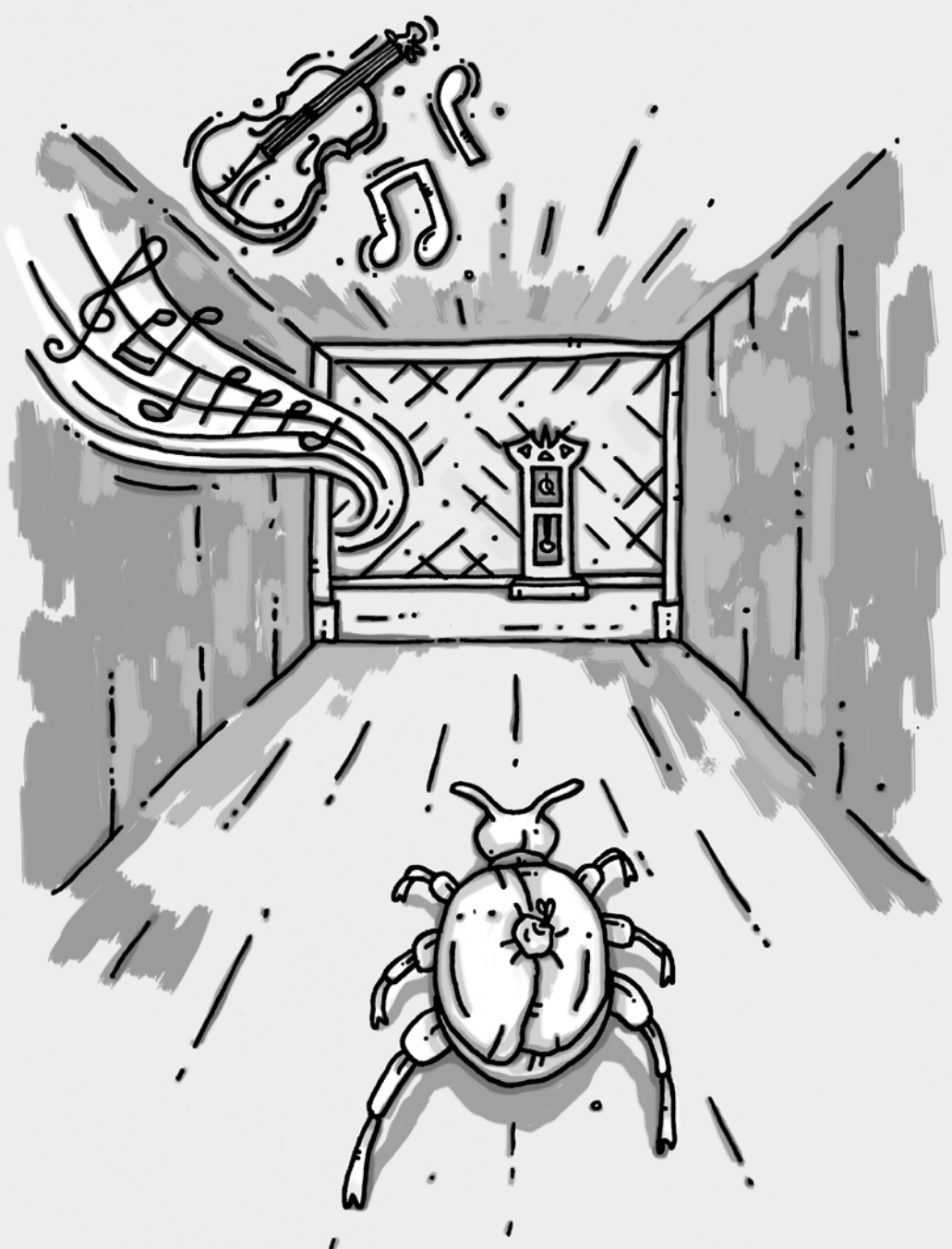
Sentía que la música le mostraba el camino hacia el desconocido

y anhelado alimento. Estaba decidido a acercarse hasta la hermana, tirarle de la falda para indicarle que fuese con su violín a su habitación, porque nadie aquí podía apreciar su música como él lo haría. No quería dejarla salir nunca de su habitación, al menos mientras él viviese. Su espantosa apariencia le sería útil por primera vez: acecharía las puertas para espantar a los intrusos.

Pero la hermana no debía quedarse con él por la fuerza, sino por su propia voluntad. Debería sentarse junto a él sobre el sillón e inclinar su oído. Entonces él le confiaría que había tenido la firme intención de enviarla al Conservatorio y que, si la desgracia no se hubiese cruzado en su camino, la Navidad pasada —probablemente la Navidad ya había pasado— se lo hubiese dicho a todos sin preocuparse por las objeciones de los padres. Después de esta confesión, la hermana estallaría en lágrimas de emoción y Gregorio se levantaría hasta su hombro y le daría un beso en el cuello que, desde que trabajaba en la tienda, usaba siempre sin cintas ni adornos.

—¡Señor Samsa! —gritó el señor del medio al padre, señalando con el índice hacia Gregorio, que avanzaba lentamente.

El violín enmudeció. En un principio el inquilino del medio sonrió a sus amigos moviendo la cabeza y, a continuación, miró hacia Gregorio. El padre, ante todo, consideró más necesario tranquilizar a los inquilinos que echar a Gregorio. Sin embargo, estos no estaban nerviosos en absoluto. Incluso parecía entretenerlos más Gregorio que el violín. Pero el padre se precipitó hacia ellos e intentó, con los brazos abiertos, empujarlos a su habitación y evitar con su cuerpo que pudiesen ver a Gregorio. Ellos entonces se enfadaron, no se sabía si por el comporta-



miento del padre o porque se habían dado cuenta del vecino que tenían. Exigían al padre explicaciones, levantaban los brazos, se tiraban intranquilos de la barba y, muy lentamente, retrocedían hacia su habitación.

Tras la brusca interrupción, la hermana permanecía sosteniendo el violín y el arco con las manos caídas, la vista mirando la partitura como si todavía tocara. Pero pronto superó el desconcierto en que había caído y colocó el instrumento en el regazo de la madre, que estaba con el pecho agitado y con dificultades para respirar. Corrió hacia la habitación de los inquilinos, quienes se acercaban cada vez más deprisa ante la insistencia del padre. Se veía cómo, gracias a las hábiles manos de la hermana, las mantas y almohadas de las camas volaban hacia lo alto y se ordenaban. Antes de que los señores hubiesen llegado a la habitación, había terminado de hacer las camas y se había escabullido hacia fuera. El padre parecía estar hasta tan dominado por su decisión, que olvidó todo el respeto que debía a sus inquilinos. Los empujaba continuamente hasta que, ante la puerta de la habitación, el señor del medio dio una patada atronadora contra el suelo y así detuvo al padre.

—Declaro a ustedes —dijo levantando la mano y buscando con sus miradas también a la madre y a la hermana— que, teniendo en cuenta las repugnantes circunstancias que reinan en esta casa y en esta familia —dicho lo cual escupió decididamente sobre el suelo—, en este preciso instante dejo la habitación. Por los días que he vivido aquí no pagaré, naturalmente, lo más mínimo: por el contrario, pensaré si no procedo contra ustedes con demandas por daños y perjuicios.

Calló y miró hacia delante como si esperase algo. En efecto, sus dos amigos intervinieron inmediatamente con las siguientes palabras:

—También nosotros dejamos en este momento la habitación.

A continuación, el inquilino que había hablado primero agarró el picaporte y cerró de un portazo. El padre se tambaleaba tanteando en dirección a su silla y se dejó caer en ella. Parecía como si se preparase para su acostumbrada siestecita nocturna. Pero la profunda inclinación de su cabeza, abatida como si nada la sostuviese, mostraba que de ninguna manera dormía. Gregorio yacía todo el tiempo en silencio en el mismo sitio en que lo habían descubierto los huéspedes. La decepción por el fracaso de sus planes, pero quizás también la debilidad causada por el hambre que pasaba, le impedían moverse. Tenía la certeza de que dentro de unos momentos se desencadenaría sobre él una tormenta total, y la esperaba. Ni siquiera se sobresaltó con el ruido del violín que, por entre los temblorosos dedos de la madre, se cayó de su regazo y produjo un sonido retumbante.

—Queridos padres —dijo la hermana dando un golpe sobre la mesa—, esto no puede seguir así. Si ustedes no se dan cuenta, yo sí me doy. No quiero, ante este bicho, pronunciar el nombre de mi hermano, y por eso solamente digo: tenemos que intentar quitárnoslo de encima. Hemos hecho todo lo humanamente posible por cuidarlo y aceptarlo; creo que nadie puede hacernos el menor reproche.

—Tienes razón una y mil veces —murmuró el padre.

La madre, que aún no tenía aire suficiente, comenzó a toser sordamente, tapándose la boca con la mano, con expresión de locura en sus ojos.

La hermana corrió hacia la madre y le sujetó la frente. El padre parecía estar enfrascado en una serie de pensamientos derivados de

las palabras de la hermana. Se había sentado más derecho, jugueteaba con su gorra por entre los platos, y miraba de vez en cuando a Gregorio, que permanecía en silencio.

—Tenemos que intentar quitárnoslo de encima —dijo entonces la hermana, dirigiéndose solo al padre, porque la madre, con su tos, no oía nada—. Los va a matar a los dos, ya lo veo venir. Cuando hay que trabajar duramente como lo hacemos nosotros, no se puede, además, soportar en casa este tormento sin fin. Yo tampoco puedo más. Rompió a llorar de una forma tan violenta que sus lágrimas caían sobre el rostro de la madre, la cual las secaba mecánicamente con las manos.

—Pero, hija... —dijo el padre compasivo y con sorprendente comprensión—. ¿Qué podemos hacer? La hermana solo se encogió de hombros en señal de que ella tampoco lo sabía, en contraste con su seguridad anterior.

—Si él pudiese comprendernos... —dijo el padre como interrogando.

Sin dejar de llorar la hermana movió violentamente la mano como señal de que no se podía ni pensar en ello.

—Si él nos entendiese... —reiteró el padre, dando a entender que compartía la convicción de la hermana acerca de que aquello era imposible—, entonces podríamos llegar a un acuerdo con él, pero así...

—¡Tiene que irse! —exclamó la hermana—. Es la única posibilidad, padre. Solo tienes que quitarte la idea de que eso es Gregorio. El haberlo creído durante tanto tiempo ha sido nuestra auténtica desgracia. ¿Cómo es posible que sea Gregorio? Si fuese él, hubiese comprendido hace tiempo que una convivencia entre personas y semejante

insecto no es posible. Se hubiese marchado por su propia voluntad. Ya no tendríamos un hermano, pero podríamos continuar viviendo y conservaríamos su recuerdo con honor. Pero esta bestia nos persigue, echa a los huéspedes, quiere, evidentemente, adueñarse de toda la casa y dejar que pasemos la noche en la calle.

—¡Mira, padre! —gritó de repente—. ¡Ya empieza otra vez!

Y con un miedo completamente incomprensible para Gregorio, la hermana abandonó a la madre y se corrió de su silla, como si prefiriese sacrificar a la madre antes que permanecer cerca de Gregorio, precipitándose detrás del padre. Este, alterado por su comportamiento, se puso también de pie y levantó los brazos por delante de la hermana para protegerla.

Pero Gregorio no pretendía, ni por lo más remoto, asustar a nadie; mucho menos a la hermana. Solamente había empezado a darse la vuelta para volver a su habitación y esto llamaba la atención. Como consecuencia de su estado enfermizo, le resultaba difícil darse vuelta y tenía que ayudarse con la cabeza, que levantaba y golpeaba contra el suelo repetidas veces. Se detuvo y miró a su alrededor. Su buena intención pareció ser entendida. Solo había sido un susto momentáneo, ahora todos lo miraban tristes y en silencio. La madre yacía en su silla con las piernas extendidas y apretadas una contra otra, los ojos casi se le cerraban de puro agotamiento. El padre y la hermana estaban sentados uno junto a otro, y la hermana había colocado su brazo alrededor del cuello del padre.

«Quizás pueda darme vuelta ahora», pensó Gregorio, y empezó de nuevo. No podía contener los resoplidos por el esfuerzo, y de vez

en cuando tenía que descansar. Por lo demás, nadie lo apuraba, se lo dejaba hacer lo que quisiera. Cuando dio la vuelta del todo, comenzó a retroceder hacia la habitación. Se asombró de la gran distancia que lo separaba de ella y no comprendía cómo, con su debilidad, hacía un momento había recorrido el mismo camino sin notarlo. Concentrándose constantemente en avanzar con rapidez, apenas se dio cuenta de que ni una palabra, ni una exclamación de su familia lo interrumpía. Cuando ya estaba en la puerta volvió la cabeza, no por completo, porque notaba que el cuello se le ponía rígido. Vio que atrás suyo nada había cambiado, solo que la hermana ahora estaba de pie. Su última mirada acarició a la madre que, por fin, se había quedado profundamente dormida. Apenas entró en su habitación la puerta se cerró rápidamente con cerrojo y llave.

Gregorio se asustó tanto del repentino ruido, que las patitas se le doblaron. Era la hermana la que se había apresurado mucho. Había permanecido de pie, esperando el momento, y con rapidez había ido a cerrar la puerta. Gregorio ni siquiera la había oído venir.

—¡Por fin! —gritó ella a los padres mientras ponía llave.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Gregorio mientras miraba a su alrededor en la oscuridad.

Pronto descubrió que ya no se podía mover. No le resultó extraño, lo incomprendible era tal vez que esas flacas patitas lo habrían sostenido hasta ahora. Por lo demás, se sentía relativamente bien. Es verdad que le dolía todo el cuerpo, pero le parecía como si los dolores se hiciesen más y más débiles y, al final, desapareciesen por completo. Apenas sentía ya la manzana podrida incrustada en su espalda y la infección que se había

producido a su alrededor, cubiertas ambas por un suave polvo. Pensaba en su familia con cariño y emoción. Su convicción de que tenía que desaparecer era tanta o más decidida que la de su hermana.

En este estado de apacible y letárgica meditación permaneció hasta que el reloj de la torre dio las tres de la madrugada. Alcanzó a ver el comienzo del amanecer detrás de los cristales. Después, sin intención, su cabeza se desplomó sobre el suelo y su hocico dejó escapar el último aliento.

Cuando por la mañana temprano llegó la sirvienta —de pura fuerza y prisa daba tales portazos que, aunque repetidas veces se le había pedido que intentara evitarlo, desde el momento de su llegada era ya imposible conciliar el sueño en toda la casa— y realizó su acostumbrada y breve visita a Gregorio, nada le llamó la atención al principio. Pensaba que estaba allí tumbado e inmóvil a propósito, que se hacía el ofendido. Estaba segura de que su inteligencia funcionaba normalmente. Como tenía la escoba larga en la mano, intentó con ella hacer cosquillas a Gregorio desde la puerta. Al no conseguirlo, se enojó y pinchó a Gregorio ligeramente.

Al ver que no oponía resistencia incluso cuando había llegado a moverlo de su sitio, prestó atención. Cuando se dio cuenta de las verdaderas circunstancias abrió mucho los ojos y silbó para sus adentros. Pero no se entretuvo mucho tiempo, sino que abrió de par en par las puertas del dormitorio y exclamó en voz alta hacia la oscuridad.

—¡Fíjense, está muerto! ¡Ahí está, ha reventado del todo!

El matrimonio Samsa estaba sentado en la cama e intentaba sobreponerse del susto por el grito de la sirvienta. Solo después de hacerlo



estuvieron en condiciones de comprender lo que en realidad les estaba diciendo. Entonces, el señor y la señora Samsa, bajaron rápidamente de la cama. El señor Samsa se echó la colcha por los hombros, la señora Samsa apareció en camión. Así entraron en la habitación de Gregorio. Entre tanto, también se había abierto la puerta de la sala, donde dormía Greta desde la llegada de los inquilinos. Estaba completamente vestida, como si no hubiese dormido, su rostro pálido parecía probarlo.

—¿Muerto? —dijo la señora Samsa, y levantó los ojos con gesto interrogante hacia la sirvienta, a pesar de que ella misma lo podía comprobar con sus propios ojos.

—¡Ya lo creo! —dijo la sirvienta y, como prueba, empujó un buen trecho el cadáver de Gregorio con la escoba. La señora Samsa hizo un movimiento como si quisiera detener la escoba, pero al final no lo hizo.

—Bueno —dijo el señor Samsa—, ahora podemos dar gracias a Dios. Hizo la señal de la cruz y las tres mujeres siguieron su ejemplo.

Greta, que no apartaba los ojos del cadáver, dijo:

—Miren qué flaco estaba, hacía mucho tiempo que no comía nada. Las comidas salían tal como entraban.

Efectivamente, el cuerpo de Gregorio estaba completamente chato y seco. Esto se vio ahora, cuando ya no se levantaba sobre sus patitas, y ninguna otra cosa distraía la mirada.

—Greta, ven un momento a nuestra habitación —dijo la señora Samsa con una sonrisa melancólica. Greta fue al dormitorio de los padres, no sin volver la mirada hacia el cadáver. La sirvienta cerró la puerta y abrió del todo la ventana. A pesar de lo temprano de la mañana, había una cierta tibieza mezclada con el aire fresco. Ya era finales de marzo.

Los tres inquilinos salieron de su habitación y miraron asombrados que el desayuno no estaba servido; se habían olvidado de ellos.

—¿Dónde está el desayuno? —preguntó de mal humor el señor del medio a la sirvienta. Esta, por toda contestación, se colocó el dedo en la boca e hizo señales para que fuesen a la habitación de Gregorio. Se acercaron y permanecieron de pie alrededor del cadáver, con las manos en los bolsillos de sus chaquetas algo gastadas. La habitación ahora estaba totalmente iluminada.

Entonces se abrió la puerta del dormitorio y el señor Samsa apareció vestido con su chaqueta, de un brazo su mujer y del otro su hija. Todos estaban un poco llorosos; a veces Greta apoyaba su rostro en el brazo del padre.

—Salgan ustedes de mi casa inmediatamente —dijo el señor Samsa, y señaló la puerta sin soltar a las mujeres.

—¿Qué quiere usted decir? —dijo el señor del medio algo aturcido, sonriendo con cierta hipocresía. Los otros dos se frotaban las manos como si esperasen con alegría una pelea en la que tenían todas las de ganar.

—Pretendo decir exactamente lo que digo —contestó el señor Samsa, dirigiéndose con las mujeres hacia el caballero. Este se quedó allí en silencio y miró hacia el suelo, como si las cosas buscasen un nuevo orden en su cabeza.

—¿Así que nos vamos? —dijo después, y levantó los ojos hacia el señor Samsa como si, en un repentino ataque de humildad, le pidiese incluso permiso para tomar esta decisión.

El señor Samsa solamente asintió brevemente con los ojos muy abiertos. A continuación el caballero se dirigió con grandes pasos hacia el vestíbulo. Sus dos amigos escuchaban ya sin frotarse las manos. Salieron apurados detrás suyo, como si tuviesen miedo de que el señor Samsa entrase antes que ellos en el vestíbulo e impidiese el contacto con su guía.

Ya en el vestíbulo, los tres agarraron sus sombreros del perchero, sacaron sus bastones del paragüero, hicieron una reverencia en silencio y salieron de la casa.

Con una desconfianza completamente infundada, como se demostraría después, el señor Samsa salió con las dos mujeres al rellano de la escalera. Apoyados sobre la baranda veían como los tres, lenta pero constantemente, bajaban la larga escalera, desapareciendo tras un determinado recodo y volviendo a aparecer a los pocos instantes. Cuanto más abajo estaban tanto más interés perdía la familia Samsa por ellos y, cuando se cruzaron con un aprendiz de carnicero que con su carga de carne sobre la cabeza iba subiendo un piso tras otro, el señor Samsa abandonó la baranda con las dos mujeres y todos regresaron aliviados a su casa.

Decidieron utilizar aquel día para descansar e ir de paseo. No solamente se habían ganado esta pausa en el trabajo, sino que, incluso, la necesitaban a toda costa. Así pues, se sentaron en la mesa y escribieron tres cartas con las justificaciones: el señor Samsa a su dirección, la señora Samsa al señor que le daba trabajo, y Greta al dueño de la tienda. Mientras escribían, entró la sirvienta para decir que ya se marchaba porque había terminado su trabajo matutino. Los tres, que

solamente escribían, asintieron sin levantar la vista. Como la sirvienta no daba señales de retirarse, levantaron la vista enfadados.

—¿Qué pasa? —preguntó el señor Samsa.

La sirvienta permanecía de pie junto a la puerta, como si quisiera anunciar a la familia un gran éxito. Parecía que solo lo haría cuando la interrogaran con todo detalle. La pequeña pluma de avestruz colocada casi derecha sobre su sombrero —que incomodaba al señor Samsa desde que estaba a su servicio— se balanceaba suavemente en todas direcciones.

—¿Qué es lo que quiere usted? —preguntó la señora Samsa. De los tres, era a ella a quien la sirvienta más respetaba.

—Bueno —contestó la sirvienta, entrecortando sus palabras por alegres risas—, no tienen que preocuparse por cómo deshacerse de la cosa esa de al lado. Ya está todo arreglado.

La señora Samsa y Greta se inclinaron de nuevo sobre sus cartas, como si quisieran continuar escribiendo. El señor Samsa, que se dio cuenta de que la sirvienta quería empezar a contarle todo con detalle, la rechazó con un imprevisto ademán. Como no la dejaron hablar, recordó de pronto la prisa que tenía y, visiblemente ofendida, gritó:

—¡Adiós a todo! Se dio la vuelta con rabia y abandonó la casa con un portazo muy fuerte.

—Esta noche la despido —dijo el señor Samsa.

Pero no recibió una respuesta ni de su mujer ni de su hija, porque la sirvienta parecía haber turbado la tranquilidad recién conseguida. Se levantaron, fueron hacia la ventana y permanecieron allí abrazadas. El señor Samsa giró su silla hacia ellas y las observó en silencio un momento, luego las llamó:

—Vamos, vengan. Olviden de una vez las cosas pasadas y tengan un poco de consideración conmigo.

Las mujeres lo obedecieron enseguida. Corrieron hacia él, lo acariciaron y terminaron rápidamente sus cartas. Después, los tres abandonaron la casa juntos, cosa que no habían hecho desde hacía meses. Se marcharon al campo en el tranvía, fuera de la ciudad. El tranvía —eran los únicos pasajeros— estaba inundado por la cálida luz del sol. Recostados cómodamente en sus asientos, hablaron de las perspectivas para el futuro. Llegaron a la conclusión de que, pensándolo bien, no eran malas en absoluto. Sus tres trabajos, asunto sobre el cual no habían tenido tiempo para comentar, eran sumamente buenos y, especialmente, muy prometedores para el futuro. Lo más importante era cambiar de casa; ahora querían una más pequeña y barata. Tenía que estar mejor ubicada y, sobre todo, ser más práctica que la actual, que había sido elegida por Gregorio.

El señor y a la señora Samsa pensaron, casi al mismo tiempo, que la hija, a pesar de las calamidades que habían hecho palidecer sus mejillas, se había convertido en una joven elegante y hermosa. Se fueron quedando en silencio y entendiéndose casi inconscientemente con las miradas, pensaban que pronto llegaría el momento de buscarle un buen marido.

Y como una suerte de confirmación de aquellos sueños y anhelos, al final del recorrido, la hija se levantó antes que ellos y estiró su cuerpo juvenil.

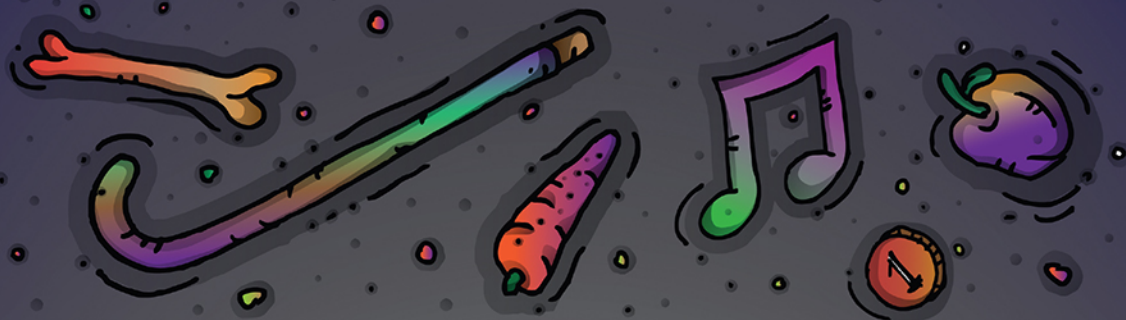
FIN



Índice

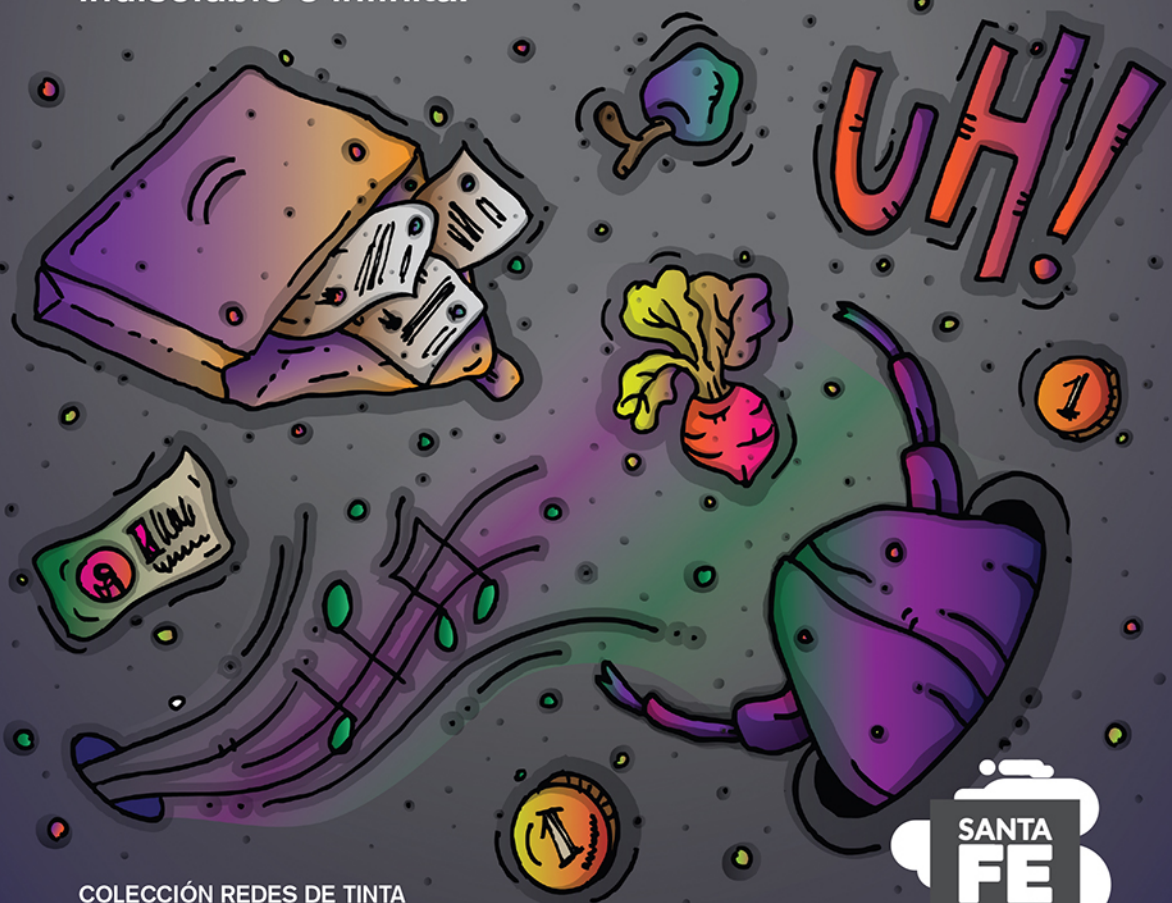
Capítulo primero	11
Capítulo segundo	37
Capítulo tercero	65

Esta edición se terminó de imprimir en
A toda tinta impresos,
San Martín 1863, Santo Tomé, Santa Fe, Argentina,
en el mes de marzo de 2019.



Después de leer un libro se transforma lo que sabemos, lo que creemos, lo que sentimos sobre cada pedacito del mundo. Aun en el acto individual de la lectura hay un sentido colectivo que se fortalece, moviliza el encuentro con otros para compartirla...

Así, el libro y la escuela se dan la mano en una alianza indisoluble e infinita.



COLECCIÓN REDES DE TINTA

Libro de distribución no comercial

